

LAFARIUM

CUARTIQUIS

Codex V

COSMOGONÍAS

EL LEGADO DE LOS ANTIGUOS

Toda verdad pasa por tres etapas. Primero, es ridiculizada. Segundo, es violentamente rechazada. Tercero, es aceptada como evidente.





STAFF

DIRECTOR EDITORIAL
Diego Arandojo

EDITOR
Fernando eFe PI

COLABORADORES
Juan-Jacobo Bajarla
Carlos Abraham
Claudio García Fanlo
Stella Alvarado
Alejandra Dorrego
Marie Celeste
Diego Ollero
Paola Klug
The Wyrn
Rodrigo San Miguel
Carlos Dopico
Jorge Luis Estrella
Manuu Pach

DISEÑO
UnH Design

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada, o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de Diego Arandojo.

Los contenidos vertidos en cada uno de los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus respectivos autores.

Inscripción en la Dirección Nacional de Derechos de Autor en trámite. Todos los derechos reservados.

Las imágenes utilizadas son a título ilustrativo y pertenecen a sus respectivos autores.

Lafarium Cuartiquis es propiedad de
Lafarium Contenidos y editada por
UNH EDICIONES
www.unhediciones.com.ar

Lafarium Cuartiquis N° 5 | Marzo 2012
Buenos Aires - Argentina

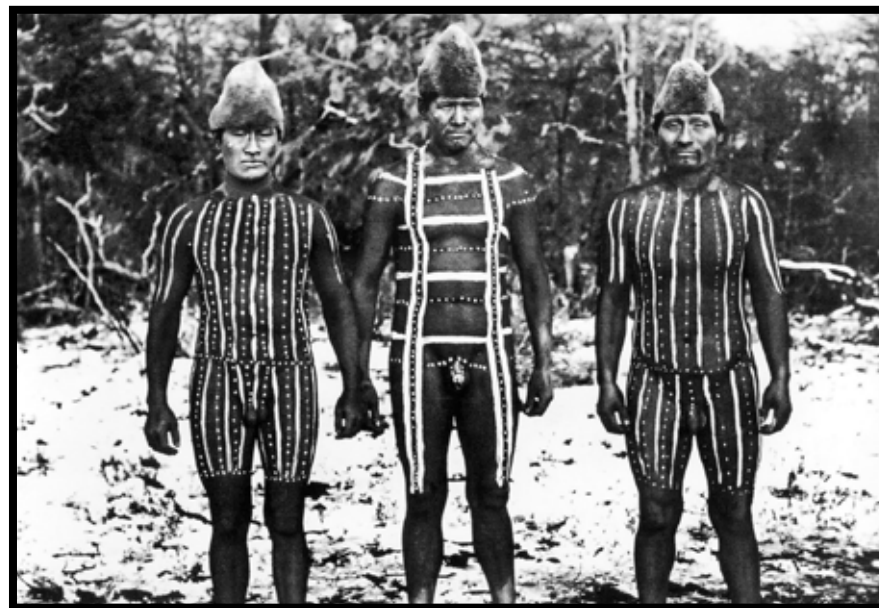
EDITORIAL

Un estallido. Luz en la oscuridad. Una criatura emerge. De ella se desprenden varias. Tentáculos eléctricos brotan del orificio original. Nace el espacio, se expande rápidamente. Las temperaturas del silencio (frías) se vuelven cálidas por los ruidos que resuenan por doquier. Monstruos septentrionales avanzan en mares de materia oscura. El estallido original se vuelve hembra, fecunda en su vientre algo imposible de imaginar. En las tierras sucesivas los humanos y los animales adoran el cielo, la tierra, los astros, el Sol, la Luna, la piedra y el signo muerto. El científico estudia. El místico tiene fe. Dioses pequeños y diosas gigantes besan las generaciones de prosélitos que les dan vida. La arcilla. El árbol de la sabiduría y la vida eterna. El gato del cosmos que, junto al can, atraviesa constelaciones. La Astrología sagrada. La Astronomía sagrada. Espadas, plumas, guadañas; siembra y cosecha. El principio y el final.

Esta edición de *Lafarium Cuartiquis* es un astrolabio perfecto. Un instrumento donde todas las creencias tienen cabida. La Gran Cosmogonía de los Pueblos Terráneos. Una y a la vez varias, inagotable, múltiple. Imaginación y Religión. Debemos respetar lo diverso. Comprender que cada pueblo, cada nación, tiene una interpretación de cómo nació el Todo, y en esta explicación se mezcla la fe, la tradición y por qué no el arte.

El secreto mejor guardado de la Bóveda Celeste está en la mente humana. ☸

Diego Arandojo



SUMARIO

- 04.** El misterio de la espiritualidad Qom por *Diego Arandojo*
- 13.** Semejanza e imagen por *Stella Alvarado*
- 14.** Los peces que engendraban hombres por *Juan-Jacobo Bajarla*
- 16.** La palma abierta de Hiva por *Alejandra Dorrego*
- 18.** Tres cosmogonías por *Carlos Abraham*
- 24.** El árbol sagrado de los mapuches por *Fernando eFe PI*
- 26.** Mi confesión por *Claudio García Fanlo*
- 29.** Ixtab, la diosa del suicidio por *Paola Klug*
- 30.** El mito de la creación de las mujeres por *Jorge Luis Estrella*
- 32.** El génesis de la demencia por *Marie Celeste*
- 35.** ? por *Diego Ollero*
- 38.** Los dioses de Anaón por *The Wyrn*
- 40.** La sombra de los cuervos por *Carlos Dopico*
- 44.** El chalet del cielo por *Rodrigo San Miguel*
- 56.** El ciclo del escarabajo por *Diego Arandojo y Manuu Pach*



EL MISTERIO DE LA ESPIRITUALIDAD

QOM



La nación Qom guarda en su memoria étnica una rica herencia cosmogónica. Un universo de niveles superiores e inferiores, donde conviven toda clase de seres y maravillas, ante la sigilosa mirada de los hombres.

Por Diego Arandojo

Antes de la Conquista, antes del fuego, de la persecución y del exterminio, América resplandecía. Gema en la palma del hombre que miraba la tierra y el cosmos, que le sonreía al sol y a la luna, madre, padre, espíritu sempiterno de la naturaleza. Antes de ese proceso destructivo que fue el “contacto” —como enuncia la arqueología contemporánea— entre dos universos: el europeo y el americano, hubo un largo período de crecimiento y expansión de los distintos Pueblos Originarios.

En *Rasgos culturales de los Tobas*, Orlando Sánchez, su autor, asegura que: “Nuestros pueblos indoamericanos han existido desde hace más de 30 a 40 mil años. Antes de la llegada de los europeos, nuestros antepasados ya estaban poblando las tierras de este continente desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Estaban agrupados en pueblos con una vida propia, también tenían una cultura, lenguas, tradiciones, religiones. (...) Algunos de estos pueblos construyeron grandes ciudades como México Tenochtitlan, que tenía una población de 300.000 habitantes y era cinco veces mayor que la de Madrid en la misma época. (...) Los incas tairomas y los mixtecos construyeron terrazas para evitar el desgaste del suelo y para elevar al máximo la producción de alimentos. Y lo mejor era

su forma de organización comunitaria (aillus, calpullis) donde la tierra era totalmente comunitaria y los bienes se repartían entre todos. Nadie puede morir de hambre”.

Hacia el sur del continente se encuentra un área vasta denominada “El Gran Chaco”, de 1.000.000 de km² de extensión. En aquellos tiempos prímigenios, previos al sable invasor, residía en la zona central y austral de esta región una nación llamada Qom (gente). Conocidos en general por el término toba —de origen guaraní que significa “frentón”— esta etnia pertenece al conjunto lingüístico guaycurú, del cual también forman parte los pilagás, mocovíes y kadiwéos. Antiguamente, los qom eran cazadores-recolectores y se organizaban en bandas nómades; en la actualidad se establecieron en comunidades sedentarias agrícolas, que devinieron en la creación de distintos barrios.

A nivel del dialecto, esta nación se divide —como apunta el investigador Sánchez— en subgrupos: No’olgaxanaq, Huaguilot, Dapicoshic, Yolopi, Qolpi, ‘Eraxaicpi, Tacshicpi, Teguesanpi, Pioxotpi y La’añaxashicpi.

La penetración del cristianismo en la región del Gran Chaco no mitigó las creencias espirituales del pueblo qom. Su rica cosmovisión sobrevivió a la cruz y está compuesta por

cinco niveles: *Pigum* (Cielo), *L'oc* / *L'at* (nubes/vientos), *Lauat na'* *alhua* (superficie de la tierra), *Pa' aguiñi na'* *alhua* (interior de la tierra) y por último *Ne' etaxat* (agua). En cada uno de estos estratos existen, a su vez, tres categorías de seres o criaturas sobrenaturales: El *Piguml'ec* (ser celestial); el *'alhual'ec* (ser terrenal) y el *ne'etaxaal'ec* (ser acuático). De acuerdo a los estudios del misionero Elmer Miller estos seres “*pueden tener forma humana o de una parte de cuerpo humano, mitad humanos mitad animales, animales o de la naturaleza. (...) Cada ser pertenece a un estrato determinado del universo. Los niveles se relacionan a la comunicación entre seres poderosos, cuando se viaja a otro nivel se pierde parte de la potencia, se torna más vulnerable a los seres de los otros niveles. Sin embargo existe diferencia de potencia en los niveles, la mayor potencia está arriba, al mismo tiempo que la potencia vista como positiva, y hacia abajo es lo contrario*”. Tal como cita Pablo Wright en su libro *Ser en el sueño, crónicas de historia y vida toba*, esta organización cosmogónica tiene una función precisa: “*Los qom no solo los mapean (a las entidades) para obtener una imagen coherente del mundo sino también para vivir e interactuar con ellos en él. Así esperan tener contacto con alguno de estos seres al menos una vez en la vida con el objeto de recibir poder y conocimiento. (...) El nexo entre humanos y no humanos es un tema sensible en la cosmología. En esta rica composición religiosa*

existe una figura, un hombre sabio que cumple un rol esencial en la comunidad qom: el Pi'oxonaq. También conocido como Piogoná, se trata de un médico/chamán cuya experiencia le permite efectuar tareas de curación y también de daño a un sujeto específico. Los médicos reconocidos por la comunidad son requeridos tanto en trances difíciles de dolencias y enfermedades del cuerpo, como así también en problemas de comportamiento o de relación entre personas y comunidad”.

En lo que respecta a su formación en el conocimiento y técnicas el saber de los médicos naturales no es adquirido intelectualmente, sino desarrollado instintivamente a partir de sus dotes. El origen de este poder se manifiesta en forma antropomórfica y zoomórfica; es un ser espiritual quien le ha de asistir durante el ejercicio de su profesión, al modo de un “espiritu compañero” (Nnatac), hasta su muerte. Este ser espiritual es el encargado de suministrar todas las informaciones relacionadas al origen y las causas de las enfermedades y el desajuste del comportamiento humano, dolencia y enfermedades del cuerpo, etcétera.

Andando el tiempo y tal como se explicó anteriormente, los qom sobrevivieron a la sangrienta cruzada europea en pos de purgar todo elemento nativo, o en todo caso asimilarlo a la visión occidental, colonialista e imperialista. Lo que los rifles y sables no pudieron aplastar fueron las tradiciones orales, difundidas de boca en boca, que pernitaron en el espíritu de este gran pueblo que es el toba, el nam qom (esta gente).



Lejos del Chaco y aventurándonos hacia el sur nos topamos con El Gran Buenos Aires, un circuito compuesto por 24 partidos que rodean a la Ciudad de Buenos Aires. Haciendo foco en uno de ellos (Avellaneda) nos encontramos con Sarandí, una urbe en la cual existe la reminiscencia de los conocimientos mágicos de los qom.

Una mujer llamada “Santa Rita”, oriunda del nordeste argentino e iniciada en el arte curativo toba, se encargaba de recibir personas con diferentes dolencias, en busca de la tan ansiada curación.

Luego de ir a visitarla numerosas veces, un buen día accedió a contestar algunas preguntas. Su testimonio nos permite conocer desde adentro el misterio y las técnicas, de aquellos entrenados para curar a los dolientes.

✚ ¿Cómo descubrió que tenía un don?

Fue tras la muerte de mi bisabuelo. En mi casa había un árbol enorme, un ombú. Bajo su sombra, todas las tardes, mi bisabuelo se sentaba en una mecedora con su bigote grandote y su pipa. Cuando falleció yo iba al pie del árbol y lo veía, hablaba con él. Entonces mi mamá se asustó porque según mi papá —que tenía el don de la videncia— debía desarrollarlo los 10 años, pero en ese momento tenía solo 8. Era muy chiquita. Yo veía a mi abuelito, me hablaba y me decía cosas. Un día me contó que había un niño que estaba por quedar inválido y que a él le gustaría que yo lo ayude. Yo no sabía quién era porque en el barrio había muchos chicos. Cuando una tarde me dijeron que un nene estaba enfermo, fui a su casa, hablé con su mamá y me contó que se le estaba secando la membrana de la espina dorsal. Entonces, sin que el médico lo sepa, ayudé a aquel chiquito. Le restauré la humedad que necesitaba la membrana y se salvó. Nunca más tuvo parálisis en las piernas, ni en los brazos, ni nada. Esa fue mi primera curación grande.

✚ Cuéntenos a cerca de su herencia indígena...

Hace un año tuve que ir al Chaco porque “los míos” son tobas, están radicados en Presidencia Roque Sáenz Peña, la segunda capital de la provincia. Allí me reuní con el cacique, el mayor de toda la congregación, para que me enseñe a preparar remedios. Yo curaba, pero no preparaba los remedios, me los mandaban. Así que tuve una especie de ascensión para tener más poder. Los remedios son naturales, preparados artesanalmente.

✚ ¿Consultó algún libro sobre el tema?

Sí, pero más bien referidos a la temática indígena en general. Todos estos libros



eran de mi abuelo, volúmenes antiquísimos, pero también leí algunos más modernos. Aunque, a decir verdad, ninguno de ellos estaba ligado a la curación.

⌘ ¿Qué opina sobre la magia y las cartas del Tarot como método de videncia?

Las cartas del Tarot para mí no son válidas. Son para adivinarte el momento o el futuro, pero no tienen una base que te diga que vas a poder ayudar a una persona. Siempre se tiene que buscar una tercera persona que te ayude. Son ficticias.

⌘ ¿Tiene alguna regla dentro del arte de la curación?

Hay cosas en las que no podemos meternos. Por ejemplo, cuando sabés que la persona va a morir. Ahí no te podés meter porque es la ley de la vida. Sí, podés prevenir a la otra persona, pero antes tenés que estar viendo si esa persona está preparada para lo que vos le vas a decir, si no te lo tenés que guardar hasta que la persona esté apta para que le digas que tal persona va a morir.

⌘ ¿Alguna vez le negó un mal pronóstico a una persona?

Cuando la he visto mal, sí. Pero se lo negué en ese momento ya que cuando la vi bien se lo dije. Mi deber es decírselo, sea bueno o malo, para que esté prevenida o para que se fortalezca. Después hay muchas criaturas con piel de sapo que han hecho mal a sus padres y han recreado una criatura, y a veces la gente no cree. Viene para ver qué es lo que pasa. Cuando ven resultados recién empiezan a creer.

⌘ ¿Usted cobra por curar?

Mirá, a mi me dijeron dos cosas cuando empecé con esto: “No lures con lo que Dios te da”. Yo, en los años que llevo, jamás cobré. La gente acá me deja lo que ellos creen que pueden dejar. Nada más. Hay veces que vienen y no me dejan nada. Pero yo estoy contenta igual.

⌘ El demonio, ¿qué es exactamente?

Lo peor que existe sobre la Tierra. Sí, está en la Tierra... Va a ser expulsado, pero para eso falta todavía.

⌘ ¿Alguna vez sintió una presencia a su alrededor?

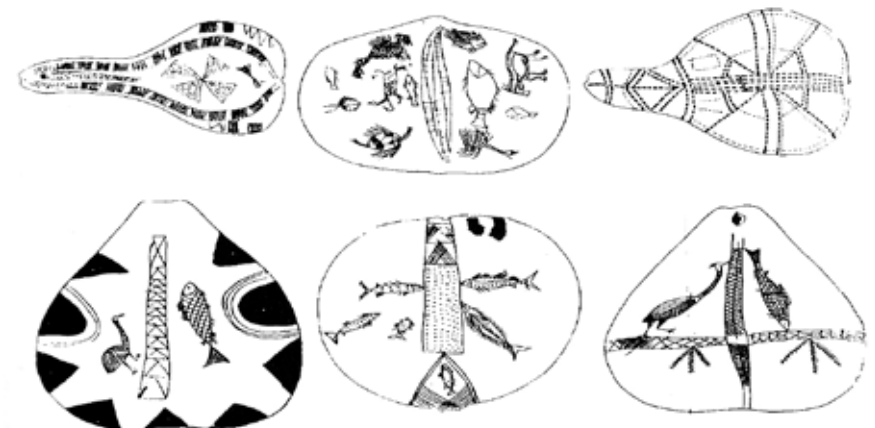
Sí, de seres que ya no están que vinieron a prevenirme sobre alguna situación y casi siempre dieron en el clavo.

⌘ ¿Y los sueños? ¿Qué significancia tienen? Porque es común que uno vea palabras o imágenes extrañas...

Hay sueños que te dejan una lección o una advertencia. Y hay otros que son como la vida. Hay mucho significado en las palabras así como también en los gestos de las personas: te dicen muchísimo. Solo tenés que estar atento para ver qué es lo que te están diciendo. Nosotros nos pasamos mucho tiempo sacando el aura en los gestos de las personas. Nosotros, por ejemplo, tenemos purificación cada tres meses que sirve para no devolverles a las personas los que ellos nos dieron.

⌘ ¿Qué piensa de aquellos que hacen el mal a otras personas?

Es gente ignorante. No sabe o no quiere darse cuenta que le está haciendo mal a la otra persona.



⌘ **¿Cuál es su opinión sobre la muerte?**

Tal vez te desilusiones un poco, pero la muerte es como cuando apagás una luz: no hay nada más hasta el día de mañana que el redentor te vuelva a la vida. Del polvo venimos y al polvo volvemos. Habrá un tiempo en el cual nos levantarán, pero sin memoria, a vivir una vida igual a la que tuvimos, aunque con distintas facetas.

⌘ **¿Y el bien y el mal? ¿De qué forma están relacionados?**

Así como existe el bien existe el mal. El mundo no sería tal si no tuviera a los dos porque quisieron hacer las cosas bien al principio de la vida, un paraíso, que fuera todo amor, pero siempre hay alguien que mete la pata: Satanás. Y ahí empezó el bien y el mal. O sea ya desde la creación empezó el mal y el bien.

⌘ **¿Qué clase de preguntas son las más comunes entre las personas que vienen a su consultorio?**

En este momento mucho por trabajo, por salud, por amoríos, por, no sé, se le ocurre vender la casa, cambiar un coche, esas cosas. Es como si el hombre en este momento se queda mucho en casa y la mujer tiene que salir a trabajar. Cambió el panorama. El hombre es como que dio un paso atrás para que la mujer se adelantara.

⌘ **¿Alguna vez tuvo un pedido de alguna persona para hacerle el mal a otra?**

Yo no hago eso. Es más, mucha gente se enojó y se fue desilusionada. Yo estoy para ayudar al bien, no al mal.

⌘ **¿Cómo fue la adaptación a Buenos Aires?**

Al principio fue muy duro porque yo venía de una familia de nueve hermanos. Aparte, mi casa siempre estaba llena de parientes y venir a Buenos Aires, a la casa de mi tía y ver a mis dos primitos que estaban trabajando, me hizo sentir muy mal. Pero yo sabía que tenía una misión que cumplir. Así que no importaba lo que sentía, sino lo que debía hacer.

⌘ **¿La han venido a consultar personas de cultos brasileños?**

Sí, me vinieron a ver gente de la magia negra y del vudú. Pero yo enseguida rechazo a ese tipo de personas porque vienen a espiar más que a curarse para ver de qué forma te pueden vencer.

⌘ **¿En relación esto, ¿alguna vez se le presentó el demonio?**

Sí, se me representó en un perro. Tenía la cola en forma de punta de flecha, la cabeza bien grande y con unos cuernitos. Yo sabía que era el Diablo y no un animal. Peleé con él porque me quería tomar y lo maté. Creo que te vas a morir cuando te

diga cómo lo hice... Fue con un tenedor, se lo clavé en el cuello. Eso fue un caso muy malo que tuve hace unos años. La dueña está tan agradecida que es el día de hoy que cada dos o tres meses viene a visitarme y no sabe cómo agradecerme. Ella era parte de un culto de magia negra. Estaba perdiendo la familia, el dinero... Y cuando vino a verme y la curé, todo volvió a la normalidad. Ahora no quiere saber más nada de ningún otro lugar que no sea acá.

⌘ **¿Le pasó en alguna ocasión que una de las personas que la consultó le pusiera una estampilla de San La Muerte?**

Sí. Ése es un tratado con el Diablo porque fijate que cuando dejás de prenderle una vela, o de darle cosas, se te va todo para atrás. Es malo porque es entrar en terreno de Satanás. Es como tratar directamente con él. Lo que te da, te lo quita. De alguna manera se encarga que siempre esté presente en vos y te domina como él quiere.

⌘ **¿Hay tanta maldad en la gente, en general, para consultar a esta figura oscura?**

Muchísima y de distintos grados. En este momento es como si estuviéramos en la boca de una tormenta que vos no sabés por dónde va a arrancar. Está



todo en la Biblia. Está todo lo que iba a pasar, la hambruna, las guerras... Una vez que empiecen naciones contra naciones se darán cuenta que está llegando una época ya descrita en este libro. Nadie se pone a estudiar la Biblia y decir "todo el tiempo que ha transcurrido desde que se hizo el mundo hasta ahora, todo sucedió. Todo".

⌘ **¿Y esta figura oscura, maligna, ¿se le presentó a través de la sombra de algún consultante?**

Sí, me pasó con una mujer que tenía el Diablo detrás de ella. Cuando lo ví, me desesperé porque no sabía si decirle o no. Así que decidí hacer silencio porque ella estaba muy mal. Primero la curé, lo expulsé y luego se lo conté. Fue una experiencia muy impresionante.

⌘ **¿Tuvo algún llamado de urgencia relacionado con cierto objeto negativo dejado en una casa, por ejemplo?**

Me llaman, pero ya no voy. No puedo por la cantidad de gente que viene a verme. Pero la ayudo si me da el nombre y el apellido. Cuando iba a curar una casa, esperaba que la gente estuviese dormida, que no hubiera luces prendidas. A la tercera o cuarta curación que le hacía a la persona, me materializaba y me iba a la casa. Si había animalitos me sentían... Muchas veces hacían ruido y la gente se levantaba y prendía la luz. Entonces tenía que salir como ¡volando! Porque si me agarraba la luz me podía materializar delante de la persona y se pegaba el susto de su vida. Al ocultarme de la luz volvía a atravesar el lugar.

⌘ **Cuando usted observa un nombre y apellido escrito en un papel y lo toca, ¿cómo es la presencia que siente a través de esas dos palabras?**

¿Cómo te puedo explicar? Viste cuando encendés un televisor y ves un paisaje. Bueno, yo no veo un paisaje, sino todo lo que rodea a ese nombre y apellido. Puede ser un problema de familia, de trabajo, de pareja... Por ejemplo (recoge un papel y escribe una palabra), yo pongo "casa". Yo lo que hago es esto, vos no ponés esta palabra, pero yo sí lo puedo leer. Sé que mi casa, en este momento, está bien. Está progresando. Pero suponte que, en vez de estos palitos, hago unas cosas así (escribe encima de la palabra "casa"). No es que yo lo haga, mi mano me lleva a hacerlo. Por ahí quiero hacer esto y me sale esto (sigue garabateando). Entonces ahí me estoy dando cuenta que mi casa no está bien y que tengo que hacer algo para que se levante. Tengo gente desde hace treinta años a esta parte. He pasado por ellos, por los nietos y ahora por los bisnietos... y sigo. No es que vienen siempre, pero si tienen algún problemita ¿a quién llaman? A mí. Yo les soluciono todo.

En el año 2003, Santa Rita, esta verdadera chamán qom, dejó la faz del mundo para adentrarse en los otros niveles de la cosmovisión toba. ⌘

SEMEJANZA E IMAGEN

Por Stella Alvarado

Acudiendo al llamado
irresistible,
he venido a volar
entre el ángel y el monstruo.
El sol abierto
en mis manos
construye fortalezas
de alquimistas.

Estoy aquí.

Danzando
ante los ojos de lunas
milenarias
devoro las cenizas del combate.
(Primitivo
ídolo de arena
cubierto de súplicas
resplandezco en cenizas)

Estoy aquí.

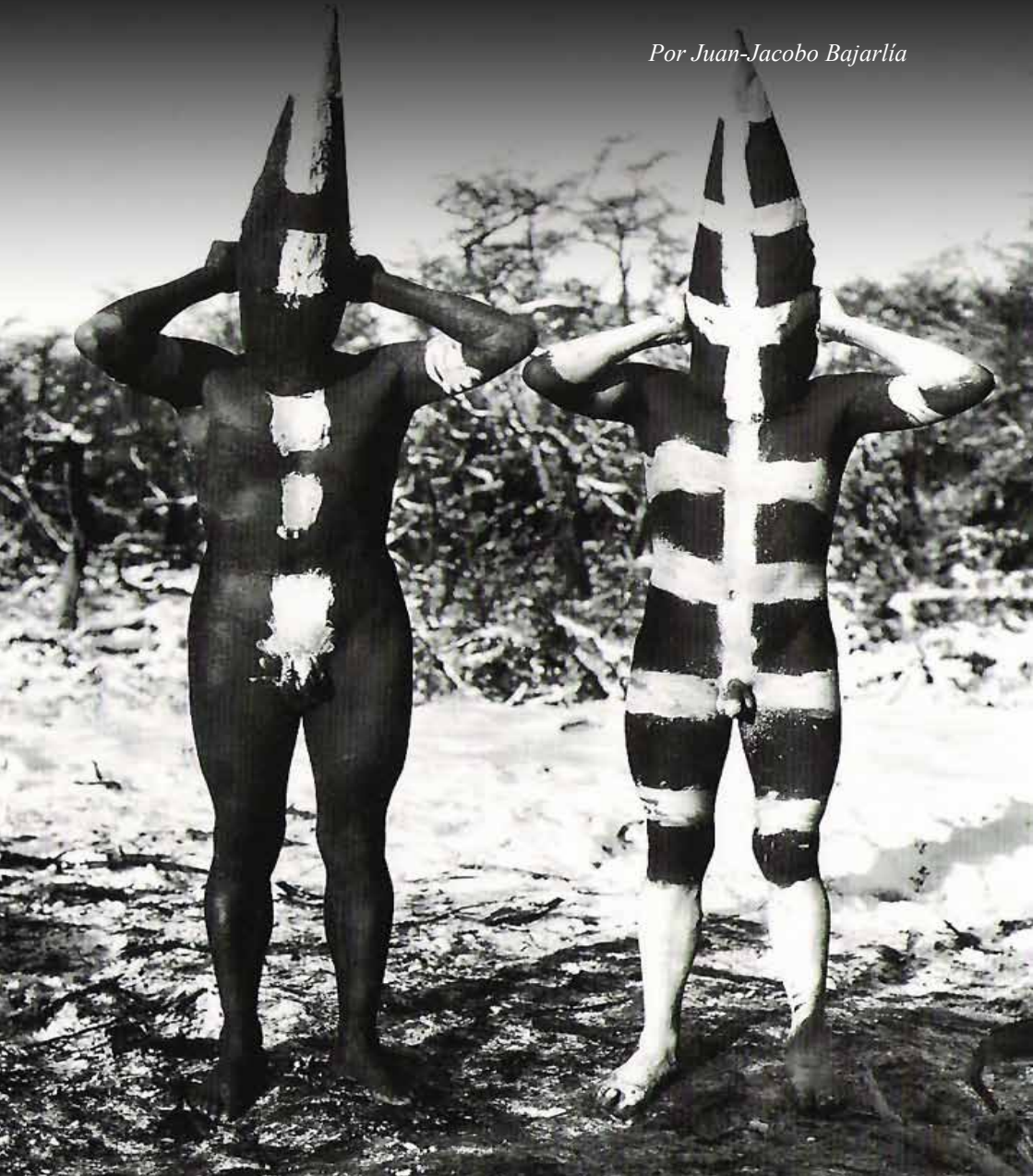
He venido a volar
entre el dragón y el pez.
Abro y cierro
las puertas
del misterio.

Estoy
desafiando a los dioses. ⌘



LOS PECES QUE ENGENDRABAN HOMBRES

Por Juan-Jacobo Bajarlia



En el siglo XVI circularon en Europa algunos libros heréticos, cuyos posibles autores perecieron en la hoguera. De uno de ellos, *L'origine de la magie* (1583), (redactor no precisado todavía), se extrajo una fábula que aterrizó a los inquisidores.

Según este relato, sólo las aguas y los peces existieron en el origen de la vida. Pero los peces eran de distintos tamaños, y su dimensión posibilitaba una inteligencia peculiar que faltaba en los más pequeños, condenados, a su vez, a ser el alimento de los otros. Uno de esos grandes peces, llamado *Incitant* (incitante, promovedor de vida) de enormes aletas, voló un día hacia la superficie terrestre y arrojó su semen desaprensivamente. La parcela en que cayó el líquido se cubrió de una extraña tonalidad ambarina, y a los pocos meses *un ser alargado y virtuoso* comenzó a saltar sobre las piedras hasta que le crecieron alas en vez de aletas. Este ser alargado fue el primer pájaro que cruzó la atmósfera del planeta. Se alimentó de hierbas y gusanos y buscó refugio en las grutas cuando la altura lo cansaba.

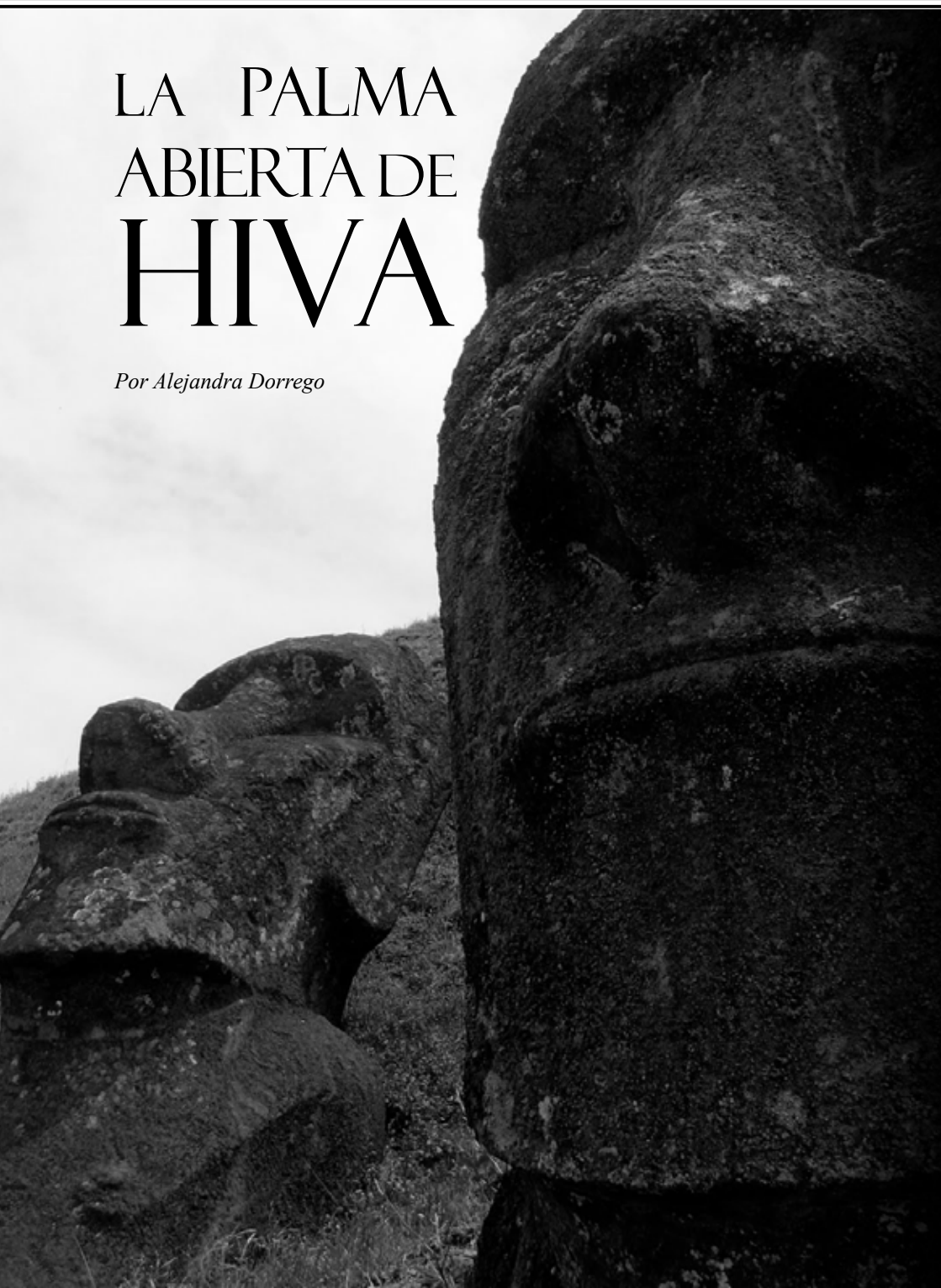
La fábula no se detiene ahí. Relata las peripecias ulteriores del “hijo” alado de *Incitant* y concluye en la apertura hacia una ontogenia en cuyo origen los pájaros habían iniciado la vida humana.

No se sabe si esa fábula influyó o no en el religioso Lucilio Vanni, quien apenas vivió 35 años. Pero se conoce su historia de sabio inconformista dedicado a los estudios esotéricos. Fue el autor de una hipótesis demoledora según la cual el semen de los peces podía engendrar seres dotados de inteligencia. El primer hombre habría sido el producto del líquido espermático derramado por un pájaro divino, llegado de otro mundo. La respuesta de los Tribunales Inquisitoriales advino rápidamente. Lucilio Vanni fue encarcelado y condenado a muerte en el patíbulo. Lo ejecutaron en Tolosa, en 1619, arrancándole la lengua con una tenaza y estrangulándolo a continuación para que nunca más pensara ni repitiera esa “tremenda herejía”.

Un siglo después, en 1748, se publicó el *Telliamed*, de Benoit de Maillet, que vivió entre 1656 y 1738. El libro había sido escrito en 1724. Pero el autor que conocía a sus contemporáneos y sabía cuál era la dimensión asombrosa de sus teorías, prefirió el anonimato al enfrentamiento de la ira. La tesis que desarrollaba tenía conexiones con la leyenda y las ideas del religioso cercenado y estrangulado en Tolosa. El también afirmaba en el *Telliamed* que en el origen de la vida los peces voladores habían engendrado a los pájaros. No reconocía ningún poder divino. Sólo el poder del semen de los peces, caído en una tierra virgen donde ya se habían dado todas las posibilidades de la germinación. No sabemos qué habría sucedido si Benoit de Maillet hubiera sobrevivido a la publicación de su libro. Los sabios del siglo XX lo habrían recibido con una sonrisa. Pero esto no le quita ninguna importancia. La historia de la ciencia es la historia de la libertad de pensamiento. ❧

LA PALMA ABIERTA DE HIVA

Por Alejandra Dorrego



Sueña
la doncella muerta.

Su sangre es espejo.

La isla
abre sus ojos de piedra.

Lágrimas rancias, hongos-ciudades
que perecen
en silencio.

Sueña la doncella con
una tierra
lejos del fin.

La canoa conduce la
cabeza degollada del
mártir.

Flores y señuelos, miseria de
perro asqueado.

Estrellas deprimentes.

La doncella
se transforma
(negro-blanco-rojo = ALKIMIA).

La doncella
se vuelve hombre.
Su nombre: HAU MAKĀ.

La sangre que era espejo
corre ahora
por las venas del héroe
(le da fortaleza, brío).

Plumas en su piel
TANGATA MANU.

Vuela el hombre-pájaro hacia el horizonte.
Rompe el horizonte.
Hace del horizonte el nido de
MANUTARA.



HAU MAKĀ.
Vuela suavemente.

Recita palabras benditas y
sus manos
elevadas hacia MAKE MAKE.

El vuelo
finaliza en RAPA NUI.

Al pisar
tierra firme
HAU MAKĀ
se petrifica.

Danzan rosas negras
en el aire.

Una de ellas abre su iris secreto
y suspira. 𐄌



TRES COSMOGONÍAS



La ciencia y la religión poseen dos maneras distintas de comprender la existencia. Esta incompatibilidad devino en fuertes conflictos. El poder de la palabra contra el poder cósmico. El hombre que estudia a Dios y viceversa.

Por Carlos Abraham

La Generación del Ochenta, de orientación positivista, progresista y liberal, mantuvo relaciones sumamente tensas con la institución eclesiástica, encarnación de los valores contrarios. El enfrentamiento se produjo en dos planos: el institucional y el filosófico. El primero se originó en la conversión gradual de la Argentina, a partir de 1853, en un Estado moderno provisto de instancias administrativas puramente civiles. Ello generó que las tareas cumplidas por la Iglesia, como el registro de los nacimientos, defunciones y matrimonios, así como la educación, pasaran al ámbito estatal¹. El segundo, en la difusión de saberes científicos (como la teoría de la evolución biológica de Darwin) y propuestas filosóficas (como el positivismo) que, al explicar racionalmente distintos aspectos de la realidad, causaban un efecto desacralizador, brindando respuestas alternativas a las del dogma religioso.

En el presente ensayo examinaré tres textos del período, completamente desconocidos por la historiografía y la crítica, que participan del antiguo género literario de la cosmogonía. Se caracterizan por la posición racionalis-

ta (aunque, como podrá apreciarse, de distinto cuño) ante el hecho descripto, en visible reemplazo de la hasta entonces insoslayable posición eclesiástica. La tentación (fantasía fisiológica)² es un extenso poema, firmado con las iniciales P.J.B., que reelabora los episodios iniciales del Génesis. Se inicia en el instante de la Creación y concluye con el primer beso de Adán y Eva, por lo que, a pesar del título, no incluye la seducción de la serpiente (ello permite inferir que el texto publicado es solo un fragmento de un poema más extenso). La técnica y el contenido son convencionales, aunque hay algunos pasajes inspirados. Su interés reside únicamente en la presencia de un extenso prólogo (firmado por un ignoto M.B.), abundante en “interpretaciones creativas” que, en muchos casos, hallan virtudes inexistentes en el poema. Según el exégeta, la tentación es un intento de racionalizar la Biblia, analizando sus episodios a la luz de la ciencia. Lo que hasta entonces había sido un misterio, un fenómeno inexplicable, puede y debe ser explicado. Lo pretendidamente sobrenatural no es más que lo natural aún no investigado: *El hombre no vive ya de los sueños pri-*

1. En 1884, debido a la implementación de la Ley 1420 de Educación Común, que establecía la enseñanza laica en los colegios dependientes del Estado, el Vaticano cortó vínculos diplomáticos con Argentina, los cuales sólo fueron reestablecidos en 1899.

2. Buenos Aires, Imprenta Moreno, 1877, X + 13 pp.

mitivos (...); hoy se adora a ese otro sol más brillante que ilumina los horizontes del alma: ¡la verdad! El trabajo literario de *La tentación* aspira a esa luz. No se trepida en publicarla, porque toda demostración que tienda a iluminar ciertos misterios, todo fenómeno explicado en el orden natural de las cosas, en armonía con las leyes que nos rigen, todo error de nuestro espíritu rebatido, no debe quedar en la sombra, y sobre todo cuando aspira a refutar una parábola

que inconscientemente afirmamos como una verdad indiscutible. Este es el objeto del autor. Refutar aquella afirmación de la Biblia sobre la caída del primer hombre originada por la serpiente del paraíso. (...) “Misterio”, se dirá. “¡Luz!”, responderemos nosotros³.

De forma congruente con este posicionamiento, los episodios bíblicos son analizados como símbolo y no como realidad histórica, tal como se suele hacer con los mitos griegos. No se acepta su sentido literal (una serpiente que habla, por ejemplo, es inadmisibles por la ciencia) sino su sentido metafórico: *La manzana, ¿es un fruto del árbol del Edén, o es un fruto del árbol del corazón? La serpiente, ¿es la causa exterior tentadora que sumergió a la primer*

*mujer en el remordimiento de la conciencia, o es puramente una tendencia, por decirlo así, de nuestro organismo, una ley de nuestro destino?*⁴

El texto fue escrito en la Argentina de mediados del siglo XIX, pero debido al retraso filosófico de nuestro país se inscribe en un estadio de la polémica racionalismo/sobrenaturalismo que se había desarrollado muy anteriormente en la Europa protestante. Se trata del proceso de secularización constituido

por las lecturas de la Biblia realizadas por las escuelas teológicas del renacimiento y del barroco. Durante los siglos XVI y XVII la validez del texto fue relativizada: dejó de ser la autoridad indiscutida, la inapelable fuente de certezas (como que era de origen divino), para ser cuestionada,

de modo accesorio al principio pero luego en aspectos cada vez más centrales. Los teólogos protestantes, en especial, llamaron la atención sobre los puntos oscuros y las contradicciones del discurso bíblico, condenaron las rígidas prescripciones morales del Levítico y de otros libros del Antiguo Testamento, privilegiaron la coherencia del sentido a expensas de la literalidad e impugnaron los



3. Pp. V-VI.
4. Pp. VI-VII.

errores flagrantes (por ejemplo, aquellos pasajes donde se afirma que el Sol gira alrededor de la Tierra). Fue un reemplazo del respeto devoto hacia la palabra divina por un acercamiento más cuestionador, que da importancia a los descubrimientos de la ciencia y de la filosofía. La Biblia dejó de ser el fundamento último del sentido, la instancia legitimadora de todo saber y toda certeza: esa posición pasó a ser ocupada por la observación metódica del mundo externo.

Esta propuesta de lectura renovada e independiente de las Escrituras que propone el prólogo a *La tentación* puede parecer hoy poco espectacular, pero debe recordarse que un dogma básico del catolicismo postula que la Iglesia es la única depositaria del sentido bíblico, y por lo tanto que sólo ella puede realizar interpretaciones del mismo⁵. La lectura racionalista que describe el prólogo representa, así, una ruptura con la ortodoxia —muy audaz si tenemos en cuenta que fue realizada en una fecha tan temprana como 1877—. También, representa un intento de que lo descrito en la Biblia sea considerado como algo puramente simbólico, en vez de como algo concreto, literal, indistinguible de la realidad (y, por lo tanto, verdadero). De que sea leído como un mito y no como

un logos. Es decir, el texto realiza en el plano de la hermenéutica bíblica lo que la Generación del Ochenta hará en el plano político-social: el cese del rol de la Iglesia como autoridad central e insoslayable⁶.

Benigno Baldomero Lugones (1857-1884) fue durante varios años escribiente de Policía. Esa experiencia le sirvió al iniciarse en el periodismo, donde se especializó en las crónicas de crímenes. Entre sus ensayos más famosos sobre el hampa porteña figuran “Los beduinos urbanos”⁷ y “Los caballeros de la industria”⁸, los primeros en la literatura argentina en estudiar el lunfardo. Lamentablemente, motivaron su expulsión de la policía debido a que revelaban la metodología utilizada para detectar a los delincuentes. Fue íntimo amigo de Carlos Olivera, que a su muerte redactó un emotivo artículo recordatorio en *El Diario*, compilado luego en el volumen *En la brecha*⁹.

El 6 de julio de 1881, Lugones publica en *La Nación* el relato “Isis”. El breve texto describe al Espíritu (es decir, al hombre) durmiendo en medio de la nada, antes de la Creación. De pronto, la claridad inunda el espacio: *El Espíritu pudo al fin distinguir en el centro de la hoguera que se ofrecía a su vista y en medio de los reflejos atornasola-*

5. Éste es uno de los puntos de conflicto entre el catolicismo y el protestantismo (que permite la lectura libre de los textos sacros).

6. Este anticlericalismo motivaría reacciones por parte de los grupos procristianos. Por ejemplo, hacia 1872 circuló en Morón un folleto manuscrito de tono apocalíptico, que auguraba que en poco tiempo habría tres días seguidos de completa oscuridad, en los que el aire se tomaría mortífero. El único medio de salvación sería taponar las junturas de las puertas con “cera de la iglesia”. El folleto, según una breve noticia aparecida en *El Nacional* del 5 de febrero de 1872, era anónimo y estaba adornado “con signos incomprensibles”.

7. La Nación, 18 de marzo de 1879.

8. La Nación, 6 de abril de 1879.

9. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1887. El artículo, titulado *Benigno B. Lugones*, aparece en las páginas 291-297.

dos de las llamas multicolores, la figura misteriosa de Isis, de pie en el espacio, suspendida sobre el vacío, rígida, inflexible, revelando sus formas divinas bajo los velos de luz que la envolvían, cubriendo su faz y sus designios, como la diosa nunca vista de lo inconocible.

Isis es una divinidad de origen egipcio, hermana y esposa de Osiris. Cuando Osiris fue despedazado por su enemigo Set, ella reunió los trozos y consiguió revivirlo, quedando a continuación embarazada. Sus atributos principales son ser protectora de los muertos (es la diosa principal en todos los ritos relacionados con la muerte), de las madres y de los niños (es la diosa de la maternidad). Fue retomada por la teosofía decimonónica a partir de Helena Blavatsky (1831-1891), quien en 1877 publicó *Isis sin velo*, tratado de filosofía esotérica donde la antigua deidad aparece resignificada: esta vez es el símbolo de la sabiduría y, como extensión de su primitivo rol de diosa de la maternidad, pasa a ser también el símbolo de todo lo relacionado con lo generativo.

El recurso a Isis como divinidad autora de la Creación, en reemplazo del dios cristiano, representa una evidente adscripción a la teosofía. Se trata de un posicionamiento típico de la Generación del Ochenta, que, en su intento de tomar distancia del catolicismo, fue hospitalaria con sistemas religiosos y filosóficos tales como el budismo, el teísmo, el panteísmo y, muy especialmente, las diversas corrientes esotéricas. Estos constituían instancias viables para mantener el contacto con lo trascendente: el ateísmo hubiera sido un salto demasiado abrupto para aque-

llos hombres que acababan de emerger de un paradigma religioso sumamente rígido. Las ciencias ocultas resultaban especialmente adecuadas para esta función, debido tanto a su carencia absoluta de organización centralizada (lo que evitaba conflictos con el Estado respecto de las nuevas leyes, como los que mantuvo la Iglesia Católica) como a su no exclusividad (el esoterismo no imponía que el adepto abandonase el catolicismo, lo que evitaba inconvenientes sociales) y a su pátina cientificista (es decir, adecuada al nuevo concepto de verdad, basado no en la teología sino en la ciencia).

El texto, que puede ser considerado una auténtica summa del pensamiento religioso de la Generación del Ochenta, presenta al hombre sumido en un estado de incomunicación con la divinidad: *Y, desde entonces, el Espíritu, sumido por la desesperación de su tormento en letal insomnio, invoca cada día a la deidad presente en su pensamiento, ora pidiéndole con religioso respeto un relámpago de conmiseración, ora imprecándole con acento blasfematorio, poseído de insano frenesí. Cada día el Espíritu renueva sus palabras, y la diosa, siempre igual, continúa imperturbable, como el símbolo mudo de la indiferencia.*

No se trata aún de la nietzscheana “muerte de Dios” que será rápidamente adoptada por cierta literatura argentina del período 1900-1915, sino de un punto intermedio: existe un Ser Supremo, pero es inalcanzable y remoto. No es omnipresente como antes, sino que se caracteriza precisamente por lo contrario: por no estar, por no escuchar. Lo que es un paso importante hacia no existir.

Este paso se dará en “El origen de la Tierra”¹⁰ de Francisco Tapia. Se trata de un extenso poema narrativo basado en las teorías cosmogónicas de Laplace, muy criticadas por la Iglesia Católica durante el siglo XIX, que postulaban el surgimiento de nuestro planeta a partir de una nube de polvo cósmico condensada en torno al Sol. A lo largo de más de ciento cincuenta versos se describe la lenta formación de la Tierra, su progresivo enfriamiento, la perduración del magma bajo su superficie, sus giros elípticos en torno al astro que le dio origen y la aparición de los cometas.

Una vez descripto el surgimiento planetario según los postulados de Laplace, el poema se aboca al surgimiento de la vida basándose en otra teoría polémica por su laicismo y su oposición al relato bíblico: el darwinismo:

El hombre apareció, pero salvaje, indómito, feroz en la ignorancia. (...) Subió del bosque, a la diadema móvil, para cortar la fruta madurada y vivir como rudo perezoso asido siempre a la flexible rama.

Luego de plantear su posicionamiento cientificista, el texto dedica un espacio importante a la religión, a la que considera un simple fruto de la ignorancia (“rayos y centellas derramaban / y el hombre prorrumpiendo en alaridos / creyó que el astro su furor enviaba”), que debe su existir sólo a la ausencia de ciencia en las primeras etapas de la evolución humana. No aparece nunca la palabra “Dios”, sino únicamente el vocablo “ficción” en sentido despectivo: *Erró el sendero que a la luz conduce: la verdad demostrada, la razón.*

Y en alas de inocente fantasía, perdido entre quimera y vaguedades, explicaba el origen de la Tierra con ficciones, engaños, falsedades. (...) Una vez, no hace mucho, Geología, hoy ciencia entre las ciencias soberanas, explicó de los mundos el secreto y la ficción tembló, se quedó helada.

La tentación releía el relato bíblico del Génesis a la luz de la ciencia y de la razón, reduciendo a nivel de mito lo que antes fue logos (es decir, se sigue dentro del paradigma del catolicismo, aunque reducida la competencia de éste al mero nivel espiritual). “Isis” prescinde de la tradición judeocristiana para su cosmogonía, pero aún recurre a una figura trascendente. Por último, “El origen de la Tierra” elimina todo recurso a lo espiritual, centrándose en un materialismo absoluto. Tenemos, pues, el paso de un catolicismo racionalizado a un deísmo teosófico, concluyendo en el ateísmo. Si bien estas tres posturas coexisten en el período, lo hacen en muy distinto grado, siendo claramente más difundida la de Benigno Lugones, como puede observarse en el racionalismo hospitalario con lo trascendente no dogmático presente en la obra de Eduardo Ladislao Holmberg o de Miguel Cané¹¹. ❧

10. La Quincena, año IV, n°s 7-8, nov-dic de 1896.

11. Como añadido curioso, es interesante mencionar que Teodomiro Real y Prado (circa 1830 - 1911), dueño de las tradicionales librerías porteñas “La Española”, “Del Comercio” y “La Anticuaria”, era famoso por haber compuesto, luego de supuestas largas investigaciones, un tratado acerca del origen de la raza humana. Solía mostrar y leer fragmentariamente este manuscrito, conservado en una gruesa carpeta, a sus más íntimos visitantes. Para más datos sobre Real y Prado remito a: Buonocore, Domingo; Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Buenos Aires, El Ateneo, 1944, pp. 42-44.

EL ÁRBOL SAGRADO DE LOS MAPUCHES



Las semillas del pehuén o araucaria araucana, un árbol patagónico de imponente tamaño, están íntimamente ligadas con la mitología mapuche. El relato del porqué asegura que fueron el sustento en momentos de gran hambruna de este pueblo originario.

Por Fernando eFe PI

Desde siempre Nguenechén (el ser supremo para los mapuches) hizo crecer al pehuén en grandes bosques. Al principio, los nativos, al considerarlo un árbol sagrado, lo veneraban y no comían sus frutos, los piñones. Rezaban a su sombra, ofreciéndole regalos —carne, sangre y humo— y hasta conversaban con él y le confesaban sus malas acciones. Los frutos eran dejados en el piso sin utilizarlos. Ocurrió una vez que durante varios años, en toda la comarca hubo una gran escasez de alimentos y los nativos pasaban mucha hambre; morían, especialmente, los niños y los ancianos. Ante esta situación, los jóvenes se marchaban del lugar en busca de alimentos: bulbos de amancay, hierbas, bayas, raíces y carne de animales silvestres. Pero todos volvían con las manos vacías. Parecía que Nguenechén no escuchaba el clamor de su pueblo y la gente seguía muriendo de hambre. Pero no los abandonó... Cierta día uno de los jóvenes regresaba apesadumbrado cuando encontró en su solitario camino a un anciano de larga barba blanca que estaba esperándolo.

—¿Qué buscas hijo? —le preguntó.

—Alimento para mis hermanos de tribu que se mueren de hambre y no encontré nada.

—¡Tantos piñones que ves por el piso bajo los pehuenes!, ¿no son comestibles?

—Los frutos del árbol sagrado son venenosos, abuelo —contestó el joven.

Y el anciano lo miró sonriente y le dijo:

—Hijo, de ahora en adelante los recibiréis

como un don de Nguenechén. Hervidlos para que se ablanden, o tostadlos al fuego y tendréis un manjar delicioso. Haced buen acopio, guardadlos en silos subterráneos y tendréis comida todo el invierno.

Dicho esto, el anciano desapareció en la bruma. Y el joven, asombrado, siguió su consejo. Recogió en su manto gran cantidad de piñones, se los llevó al cacique de la tribu y le explicó lo sucedido. Enseguida se reunieron todos en asamblea y el jefe contó lo sucedido, hablándoles así: *“Nguenechén bajó a la tierra para ayudarnos. Seguiremos sus consejos y nos alimentaremos con el fruto del árbol sagrado, que sólo a él pertenece”*.

De inmediato comieron en abundancia piñones hervidos y tostados, y festejaron el acontecimiento con una gran celebración. Desde entonces desapareció la escasez y todos los años cosechaban grandes cantidades de piñones que guardaban bajo tierra para mantenerlos frescos.

Cada día, al amanecer, con un piñón en la mano o una ramita de pehuén, los mapuches rezan a Nguenechén mirando al cielo: *“A ti debemos nuestra vida, y te rogamos a ti, el grande, a ti nuestro padre, que no dejes morir a los pehuenes. Deben propagarse como se propagan nuestros descendientes, cuya vida te pertenece, como te pertenecen los árboles sagrados”*. ❧

Una versión de la leyenda del pehuén.

MI CONFESIÓN

Por Claudio García Fanlo

Muchos han observado que el miedo supremo es el temor a lo desconocido. Me permito disentir. Creo que el peor terror es el que nos infunde el mismo conocimiento, la pura razón, la certeza fáctica de la existencia del horror tan temido.

Estos son los fundamentos que justifican mi más terrible temor, algo tan banal que quizá sea motivo de burla y llame la atención del común de la gente. No me importa la opinión de los demás, Dios sabe que no temo a la muerte ni al dolor, pero no hay cosa más espeluznante y atemorizante que una noche con cielo despejado. Sí, no lo niego, me perturba ver el cielo estrellado, la terrible sensación de sentirme acechado desde los remotos confines del universo.

Cuando miro la bóveda celeste repleta de estrellas no me siento un espectador, sino más bien el mismo objeto de observación de otros, una presa indefensa y acechada por mil demonios a merced de la inmensidad cósmica, desde los cientos de miles de lejanos objetos que brillan, que parpadean, que emiten señales entre sí, y que dan forma a constelaciones de inequívocas referencias mitológicas. Pero esta confesión tiene una explicación lógica y racional; sé perfectamente los horrores que se ocultan y que acechan en las galaxias lejanas. Saberes ocultos de antiguas razas espaciales, un lejano y desconocido planeta en los confines de nuestro sistema solar, extraños jardines fungiformes y rituales satánicos, fueron algunas de las increíbles revelaciones que se me dieron a conocer. Sé de las moradas de los Primordiales en el exilio. Sé de sus planes y de sus ambiciones por liberarse y concretar su ansiado retorno. Y ahora también sé de una nueva amenaza que se cierne sobre toda la humanidad. Cómo fue que obtuve ese conocimiento es necesario que sea contado. El destino teje tramas inescrutables a nuestro entendimiento, ajeno a nuestras vacilaciones y certezas, nos revela secretos de formas inesperadas.

Un cilindro de cera y un fonógrafo encontrados en un viejo desván abandonado me revelaron una misteriosa grabación que cambió mi vida para siempre. Una voz de ultratumba, como un susurro lejano, fue describiendo pausadamente como hace eones los Dioses Arquetípicos castigaron la rebelión de los Primigenios, una raza de seres diabólicos que poblaron este planeta antes de la existencia de la raza humana. Nuestro planeta y todo el sistema solar se convirtió en un monstruoso campo de batalla. Bajo las órdenes de Azathoth, los Primigenios combatieron largamente, pero finalmente fueron vencidos y expulsados o apresados. Hastur el Inefable fue exiliado en el lago Hali, cerca de Carcosa, en la Híadas próximas a Aldebarán; el Gran Cthulhu fue mantenido en un letargo mágico, similar a la muerte, en la cósmica ciudad sumergida de R'lyeh; Ithaqua, El Que Camina En El Viento, fue desterrado a los helados desiertos árticos de Yuggoth, de los que un sello poderoso le impide escapar. Yog-Sothoth fue expulsado de nuestro continuo espacio-tiempo y fue lanzado hacia un gran agujero negro junto con Azathoth, a quien, además, por haber sido el cabecilla de la rebelión, los Dioses Arquetípicos privaron de inteligencia y de voluntad. Tsathoggua fue arrojado en una caverna situada bajo el Monte Voormithadreth, en Hiperbórea, junto con algunos dioses

menores, como Abhoth y Atlach-Nacha. Cthugha fue exiliado a la estrella Fomalhaut. Ghatanothoa, el Dios-Demonio, fue sellado en las criptas que se extienden bajo una arcaica fortaleza construida por los crustáceos de Yuggoth en la cima del monte Yadhith-Gho, que domina la primitiva ciudad de Mu.

De los Primigenios Mayores, solo Nyarlathotep parece haber evitado tanto prisión como exilio, pero se mantiene oculto y acechando en alguna estrella no muy lejana. Muchos dioses menores fueron obligados a refugiarse en las ruinas de ónice que corona la ciudad de Kadath, situada en el Desierto de Hielo, en la zona en que el Mundo de los Sueños penetra en nuestra Tierra.

Por eso la distancia no nos pone a salvo. La existencia de un ser abominable y perverso invocado con el nombre de Ynjs'aal, habita escondido en el mundo de los sueños, penetrando en nuestras peores pesadillas, induciendo las mentes de los débiles de espíritu y transformando voluntades humanas en esbirros al servicio de los Primordiales. Nadie puede estar a salvo. Son estos saberes los que me perturban noche tras noche, y me obligan a escribir este apresurado relato. Sé que muchos van a considerar ridícula esta confesión, que me consideraran un loco o un idiota. Desgraciadamente, la defectuosa grabación del cilindro me impide volver a reproducirla y su abrupto final impide revelar si existen claves para nuestra salvación. No hay escape para esta profecía final, para esta nueva cosmogénesis que acecha el futuro de la humanidad, con un nuevo orden, y un nuevo cosmos que nos condenará inexorablemente al exilio espacial, a ocupar las mismas moradas que hoy habitan y sirven de celdas a estos demonios, y condenados a observar y a olvidar un diminuto punto en el espacio, un planeta al que alguna vez llamamos: Tierra. ❧



IXTAB, LA DIOSA DEL SUICIDIO

Por Paola Klug

Mi lengua sangra sin parar Madre ante el filo de la obsidiana.

Los hombres blancos con la cruz han llegado desde el mar,

violaron a mi madre, mataron a mi padre,

se llevaron a mis hermanos.

Y yo estoy aquí, en el lugar sagrado para pedir tu protección.

Guíame entre el Xibalbá Madre,

Abre tus ojos, siempre cerrados y condúceme

entre las tinieblas y el frío, entre los tigres y los alados,

entre los Señores del Inframundo, entre las hachas y el jaguar.

Mi sangre se ha derramado, Madre.

También la de tu pueblo, la de tus hijos.

En la selva se escuchan sus llantos.

En la ciudad se escuchan sus gritos.

¿A qué dios se le está dando nuestro sacrificio?

Baja del árbol, Madre.

Llévame de la mano al lugar donde están mis antepasados,

donde está el agua, el quetzal y el maíz.

Tengo sueño, Madre; el agua se ha teñido de rojo,

de rojo sol, de rojo sangre, de rojo muerte.

Te ofrendo balché, Madre; te ofrendo cacao, Madre;

te ofrendo mi vida...

Ixtab...

Na'... ❧



EL MITO DE LA CREACIÓN DE LAS MUJERES

Por Jorge Luis Estrella



Mitos acerca de la creación del mundo hay cientos y, según cada lugar, los símbolos que manejan tienen características que los identifican: Para los que viven en las montañas, es en ellas que nace la vida y los volcanes son dioses poderosos. Los que viven en el polo hacen un pozo en el hielo y de ahí salen todos los animales. Los que viven a la orilla del océano es en sus aguas que está el origen de todo.

Pero, hablando concretamente de la creación y las mujeres, dando por excesivamente conocidas algunas leyendas como, por ejemplo, el Génesis bíblico, nos atendremos a las que han sido poco difundidas pero que dejan a la mujer en una admirable posición de privilegio.

Uno de esos mitos cuenta que el océano lo había invadido todo hasta que cayeron piedras del cielo y esas rocas dieron origen a la Tierra y, a partir de ella, surgieron hombres, pero absolutamente ineptos e incapaces para valerse por sí mismos. Una mujer se dio cuenta de esto y decidió cuidarlos y hacerse cargo de ellos. La humanidad tal como la conocemos surgió del trabajo de esa mujer.

Otro mito cuenta que un Dios fue regalando cada parte de sí para que nacieran la tierra, el mar, los árboles, los ríos, las montañas. Se dice que de sus pulgas salieron los hombres y que de las letras de un poema de amor que el Dios había escrito, nacieron las mujeres.

Otros cuentan que todo era oscuridad hasta que un rayo de luz creó a la mujer y ella convirtió a un cuervo en hombre y de ellos surgió la humanidad y todo lo demás creado.

Algunas cosmogonías citan a los dioses de la Vida jugando a la pelota con los dioses de la Muerte mientras una niña y su abuela crean el mundo conocido.

Hay quienes dicen que un legendario sabio creó a la mujer y ésta, como no tenía nada en la inhóspita inmensidad en la que moraba, fue a otros mundos y de ahí trajo los ríos, las montañas, los animales y lo necesario para hacer un pastel de papas. El precio que tuvo que pagar fue caro. Le dieron un macho de ese planeta para que, de vuelta a su hábitat, ahora repleto de cosas, procreara y así diera comienzo a la humanidad.

A partir de todas estas historias, yo tengo mi propia versión de cómo fueron las cosas. En el principio, la desolación y el caos lo dominaban todo hasta que aparecieron los dinosaurios y, con ellos, la tierra que pisaban y el aire por el que se fueron volando cuando les crecieron alas como para dirigirse a otros cielos.

Después de un tiempo sin relojes, llegaron las mujeres y, con su asombroso sentido práctico, su contracción al trabajo y su admirable capacidad para poner las cosas en su lugar fueron, poco a poco, sembrando la vida por doquier y convirtiendo al erial en jardín, el río y el mar en criaderos de peces y dándole a cada insecto una función y a cada mamífero su teta en qué mamar.

Más tarde llegaron los hombres, se miraron el sexo para sentirse seguros, atropellaron contra todo lo que se movía y armaron una hermosa guerra entre ellos hasta que se dieron cuenta de que, sin necesidad de abandonar las batallas, era muy provechoso sojuzgar, vejar, humillar, violar y maltratar a las mujeres de todas las formas posibles.

En medio de las religiones y las músicas y las tumbas, vagando entre ruinas y alumbramientos, la vida se propagó por los cuatro costados pero todo siguió siendo un caos, como al principio.

Hasta que las mujeres, en algunos sitios, comenzaron a gritar la injusticia y se levantaron en rebeldía y aún están buscando poner las cosas en su lugar como debe ser. Mientras los hombres, de misil en misil y de bomba atómica en bomba atómica, juegan con la radioactividad, el agujero de ozono y la extinción de las especies.

Y mientras esto escribo, dándomelas de sabiondo y haciendo el verso a las damas para quedar bien con ellas, la mía, mi mujer, está poniendo las cosas en su lugar y preparándolo todo para que la casa, el país, el mundo y la galaxia sean un lugar donde valga la pena vivir. ❧

EL GÉNESIS DE LA DEMENCIA

Por Marie Celeste



Dicen las malas lenguas que un libro lo llevó hasta allí. Solo tras la puerta, acostumbraba a mantener largas conversaciones con su Dios protector, el único de todos los dioses a quien nunca pudo ver.

Para la gente era “el loquito”, un tipo inofensivo, simpático. Intentaba vestir con buen gusto, aunque sus ropas descoloridas hubieran tenido varios dueños anteriores y una muy larga vida útil cercana a su fin.

Alguien dijo que había sido profesor, otros tejían historias de dinero, traiciones y la demencia que le quedó cuando el amor se fue; lo que no se podía negar era la vasta cultura de la que hacía gala en cada conversación, matizada con detalles incoherentes. Muchos solían hacerle preguntas insidiosas, o pedirle que recite algo, entonces buscaba un lugar más alto donde pararse y cual estatua viva en un pedestal improvisado emitía su discurso. Solía declamar en plena calle con perfecta dicción: “*Salve, hijas de Zeus, Concededme vuestro canto fascinante, celebrad la sagrada estirpe de los inmortales, que por siempre existen, los que nacieron de Tierra y de Cielo estrellado, los que nacieron de la tenebrosa noche y a los que nutrió el salobre Ponto decid también cómo nacieron al principio los dioses, los ríos y el Ponto ilimitado, de impetuosa corriente, los astros resplandecientes y el ancho cielo, arriba, y sus descendientes, los dioses dadores de bienes, cómo se repartieron la riqueza, cómo se dividieron los bienes y cómo habitaron al principio el muy abrupto Olimpo*”.

No esperaba aplausos, pero casi siempre brotaba alguno de manera espontánea. Muchos le daban monedas, pero él las rechazaba rotundamente y continuaba, omitiendo un fragmento: “*De Caos nacieron Érebo y la negra Noche y de la Noche, a su vez, Éter y Día nacieron, a los cuales engendró habiéndose unido en amorosa coyunda con Érebo. Y Tierra engendró lo primero, igual a sí misma el cielo estrellado, para que por todas partes la cubriera, a fin de que para los felices dioses fuera sede por siempre segura. También engendró los grandes montes, gratas moradas de unas diosas, las ninfas, que habitan por los abruptos montes. Asimismo dio a luz al mar imposible de secar, de impetuosa corriente, a Ponto, sin deseada coyunda. Pero luego unida en amor a Urano parió a Océano de profundos remolinos, a Ceo, a Crío, a Hiperión, a Jápeto, a Teya a Rea, a Temis y a Mnemósine a Febe de áurea corona y a la encantadora Tetis, y tras ellos el último nació Crono de tortuosa intención, el más terrible de sus hijos y en él floreció el odio contra su padre...*”.

Las mujeres, al escucharlo, sonreían con una mueca mezcla de compasión y desprecio, pero a él no le importó jamás.

Alguna que otra tarde, se veía sorprendido por la atención que generaba ante un impresionado auditorio, exagerando cada diálogo, cada gesto, para que todos supieran que él hablaba con Jesús.

Al poco tiempo, el barrio estaba lleno de seguidores que afirmaban “*yo también lo vi*” y algunos lo decían fuertemente convencidos.

En las tardes de tormenta se paraba con las manos en alto y la boca abierta, para beber el agua que –según él– Zeus mismo le regalaba.

Un estado de trance lo invadía al cerrar los ojos, sus palabras sonaban como lenguas extrañas que él decía haber aprendido del *Popol Vuh* o del poema babilónico de la Creación. Algunas veces deambulaba como perdido en las calles hablándoles a los demás sobre el Génesis y el Altjeringa.

La Pachamama lo acunaba como una madre en las noches de sueño porque temblaba de solo pensar en la ira de Baal, y esperaba que Marduk le quitara las penas alejando de su lado a los dioses que lo atemorizaban.

Él no decía ser un hombre, sino “la humanidad entera”.

Hasta que se puso peligroso. Comenzó a llamar a Vulcano en voz alta, luego desafiaba a Shiva a los gritos blandiendo un garrote y juraba por Yen-lo-wang que nadie quedaría vivo.

Un día las alas del Dragón se agitaron con furia y la locura se lo llevó para siempre. Fue necesario aferrarlo entre cuatro y aún así, opuso resistencia hasta que quedó exhausto dentro de la ambulancia.

Una noche es suficiente para sepultar un destino.

Ingresó solo al interior del habitáculo gris, abrazado a su libro. Una mujer se acercó a él con la intención de quitárselo.

—No, déjeselo —dijo un hombre vestido de blanco. Y así quedó: solo, con el epítome de su locura entre las manos.

Fueron jornadas enteras tras los cristales esperando un saludo. Meses, años, mascullando por lo bajo la redención de un Ragnarok amenazante. Extrañaba las calles, los perros y a la serpiente Inkanyamba que solía cortar el tránsito para que él pudiera cruzar la avenida. Ya no había personas señalándolo, ni chicos riéndose entre sí. Solo esos hombres y mujeres de blanco.

Thor se hizo escuchar tras un latigazo relampagueante. El silencio cayó hecho trizas, luego el caos instantáneo volvió a ser orden y el cuarto a oscuras se llenó de luz. Apartó la vista del libro de Hesíodo, leído y releído hasta el cansancio. Los ojos secos le brillaron. ¡Estaba seguro que algún día vendrían a buscarlo!

Aún encandilado, pudo distinguir desde el núcleo luminoso la silueta de una dama sonriente, extendiendo los brazos hacia él:

—Vengo a buscarte, le dijo.

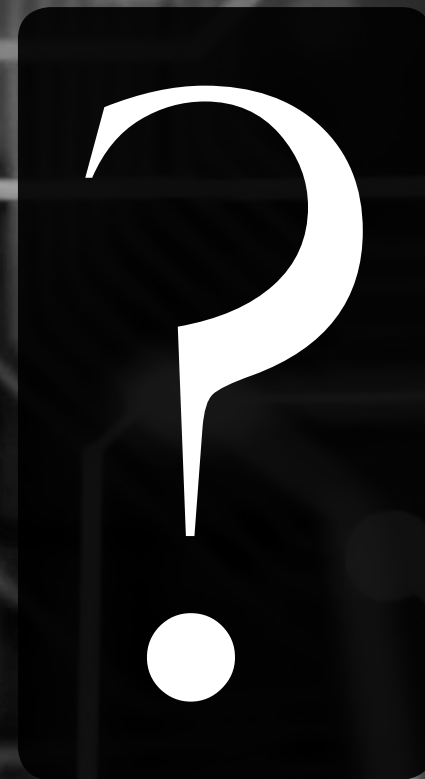
El hombre acarició los dedos finos y suaves de la mujer, se dejó llevar por el perfume a rosas y jazmines que la envolvía y cerró los ojos con una sonrisa de paz. Ella era la Madre, la Amiga, el Remanso.

Eolo sopló y las hojas del libro comenzaron a volar traspasando los muros. Algunas partieron muy lejos, buscando otras manos que no las dejen caer. Una garra verdosa hizo desaparecer la luz con un gesto y el hombre, amparado en la penumbra de la habitación y de su propia mente, quedó definitivamente dormido.

Loki sonrió, esfumándose en el aire.

En el encierro, la luz de una vela se consume.

En el encierro, un alma libre es como una vela. 𐌹𐌿𐌺𐌹



Por Diego Ollero

De pronto R1 acciona la misma palanca en sentido contrario que lo dejó D8. Silencio. R1: Observa, la radiación se inserta por los pulgares del átomo estableciendo diversas Fhathicogia en los poros de piedras brillantes, que desangran y estallan rápidamente sobre los Biconhilitros y deja de ser un fósil en la oscuridad eterna. Quiero decir que el núcleo genera un ocaso alfa y construirá la cosmología. Mira estas gráficas. De la máquina sale una gráfica gigante:

c
o
s
m
o
l
o
g
a

o
n
p
s
i

t
r
r
t
ón

u
q

r
a k radiación

M

D8: ¡NO SIRVE! Los seres luminómetros son las respuestas. Aquí lo dice, en este libro que me entregó mi propia respiración. Mira estas gráficas:

o C el a
h O l
s S u
e M c
ñ O y
o L n
r O a
d G m
e Í d
m A u
o r
t r
r e
v d

R1 toma furioso la palanca y acciona su teoría. D8 recoge, enojado, la palanca y lo acciona, da su teoría. Los dos empiezan a discutir, se golpean y rompen la palanca. De la máquina empieza a salir humo. R1 toma una barretrón y trata de golpear a D8, pero al final golpea la máquina. D8 intenta atacar a R1 con la palanca, pero asesta a la máquina. Los dos se ahorcan y la máquina -roja como el infierno- suelta demasiado humo, hace inflar los trajes de R1 y D8 al punto de que éstos estallan creando la Cosmología. Aquí detallamos los planos del invento de la máquina al crear el universo:

C O S S M S A T R O N
L F S A C S
• G H
I A I
F L I
D F S F
I Z A D 5 K L
D D B. 

LOS DIOSES DE ANAÓN

Por The Wyrn

“Espíritus que moráis bajo tierra, espíritus, quienesquiera que seáis, padres de padres, madres, de la fosa común, quienesquiera que yacéis aquí...Tumba cubierta de lágrimas, Dioses subterráneos, Hécate subterránea... y vosotros, los que yacéis aquí debajo, muertos prematuros y anónimos...”



La dualidad de la cosmogonía se hace presente al darnos cuenta que el nacimiento del mundo (κόσμος [kosmos] ‘mundo’ y la raíz γί(γ)νομαι [gi(g)no-mai] / γέγονα [gégona], ‘nacer’) no solo se refiere a este mundo, al nuestro, si no al otro mundo que nos espera y del que tarde o temprano formaremos parte, el de las ánimas, el de los muertos.

El “nacimiento” en este nuevo mundo se dará al partir, al marcharnos de éste en el que nos encontramos, hacia la tierra de los jóvenes, Avalon, el Hades, o su nombre en lengua celta, Anaon (Anawnn). Y es en esta línea divisoria entre estas dos cosmogonías donde nos vamos a encontrar a una serie de seres y dioses que pertenecen al otro lado, dioses que no están sacralizados porque están fuera del ámbito sagrado de las personas por pertenecer exclusivamente al culto de los propios difuntos, los dioses de los muertos.

Muchos de estos dioses y seres que se encuentran en esta línea divisoria están a caballo entre los dos mundos, moviéndose entre éste y el otro, siendo este trasiego, este movimiento, los fundamentos de nuestra propia cultura pues estos se encuentran justo aquí, en esta disparidad, en la línea divisoria entre la vida y la muerte, son los dos grandes misterios de la humanidad.

Serán estos dioses los encargados de gobernar, de dirigir o castigar, pues su función suprema será la de asegurar una división fiable entre nuestro mundo y el de los muertos quedando en el umbral de las sombras, junto a otros guardianes como

las gorgonas o el cancerbero, para guardar así el paso tanto de los vivos al mundo de los muertos como de aquellas ánimas difuntas que quieran regresar al mundo terrenal de los vivos para calmar su sed eterna, aunque estos últimos serán una excepción, como los “masticadores de mortajas” o los “muertos llamadores”.

Este sería el caso de Dolmengöttin, la diosa madre creadora y devoradora, aquella que da la vida y la quita, de la que hay distintas referencias de ella a la entrada de túmulos y dólmenes esparcidos por toda Europa, grabada en las entradas, sobre menhires que custodian tanto al que visita como al que regresa. Formas femeninas ya perdidas que se desdibujan para que jueguen en nuestro subconsciente y despierten su auténtico mensaje, dado ya hace miles de años en algún ritual mediante canciones olvidadas bajo el cielo estrellado. Y es precisamente su colocación en el entorno funerario, grabada sobre el menhir a la entrada del túmulo o del dólmen, la que le da ese cariz de guardiana de los dos mundos, pasando a formar parte de los dioses oscuros, aquellas deidades que nosotros ya no rendimos culto, pues su papel principal ya no se centra dentro de nuestra realidad espacio temporal, sino que su verdadero poder se da pasado el umbral de nuestra realidad cognitiva.

Este tipo de dioses del mundo de los muertos que abarcan de una forma más abstracta la magnitud de la propia madre naturaleza, que tanto da vida como nos la quita, pasarán de ser deidades ctónicas a formas más específicas como la de algunos animales totémicos (el águila, el jabalí, la oca o el cuervo), dando paso estos a su vez a formas más complejas, deidades psicopómpicas y apotropáicas surgidas en la necesidad de dar un carácter consciente y menos animal. Este otro caso es el de Coré, más conocida como Perséfone, hija de Demeter y mujer a la fuerza de Hades, señor del inframundo, quien gobernará junto a su marido a los difuntos.

Más terrorífico todavía es el caso de la diosa nórdica de los muertos, Hel hija de Loki, sirviendo este nombre (Hel) tanto para ella como para su propio reino donde mora entre otros con Nidhögg, el dragón que habita en Fallanda forad, royendo por siempre los huesos de aquellos que han muerto por enfermedad, asesinato o muerte súbita y no pueden entrar en los salones de Walhalla.

A pesar de las diferentes variaciones surgidas a lo largo del tiempo debido a la progresiva unión de distintos caracteres y poderes de diferentes divinidades, también podríamos citar a Hekate pues será su relación directa con la luna y los aspectos más tétricos de lo sagrado aquellos que despierten el lado más oscuro de esta divinidad, moviéndose siempre en los terrenos intermedios como los cruces de camino, ciénagas, pantanos, ríos y lagos, presentándose en las horas más tenebrosas de la noche para poder recorrer su reino de sombras y miedo.

Y he aquí una pequeña muestra de la amplia cosmogonía de estos dioses oscuros que pueden surgir entre nubes de tormenta por el cielo o deslizándose por entre el suelo como la niebla surgida de los bosques más antiguos, escupidos tal vez por las grietas de cuevas ya olvidadas, para pedir su tributo y llevarnos al reino de Anaón... ⚡

LA SOMBRA DE LOS CUERVOS

Por Carlos Dopico



El susurro del frío y cortante viento golpeaba un descampado húmedo de tierra y piedra. Sus silenciosos golpes eran acentuados por el trueno y el sonido del cuerno de guerra, mientras en lo alto de las ramas de un robusto árbol, sobre una elevada montaña, dos cuervos observaban. Eran la extensión de un Dios, la mirada y el oído del que reina más allá de los cielos, del rey de los Aesir. Hugin –el pensamiento– y Munin –la memoria–, los cuervos vigías y mensajeros del Dios de un solo ojo... Odín.

Desde Asgaard volaban entre el viento, atravesando la entrada del reino de los Dioses, donde Heimdall, el guardián, saludaba con respeto y reverencia. Mientras, entre truenos, Thor conducía su carro sobre majestuosas montañas, agarrando a Mjolnir, el martillo del poder.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

El cielo se oscureció. Grisáceos nubarrones se estremecían a lo lejos, acercándose... Silencio desafiante. La calma precedió a la tormenta de batalla. Bravos guerreros rindieron tributo con orgullo y honor, arrodillados sobre la antigua y sabia tierra. Invocaron la compañía de Odín y la honestidad en batalla de Tyr, Dios de la guerra. El cielo se iluminó por el resplandeciente acero, por símbolos rúnicos inscritos en grandes estandartes y por el eco de místicos cánticos, himnos de lealtad y entrega a la victoria, o a la muerte que abriría las puertas de Valhalla.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Un campo de batalla bañado por maestros de guerra, firmes sobre tierra o sobre enfurecidos caballos. Soldados vikingos protegidos por cuero, piel y cota de mallas. Portadores de escudos de hierro, espadas portentosas y pesadas hachas largas de guerra, terribles armas destructoras de caballos o aniquiladoras de enemigos en pedazos. Sus ojos desafiaban amenazantes a través de cascos sobre rostros heroicos, pero gastados y cicatrizados.

Los vikingos permanecieron impasivos a la fogosa calma, preludio de batalla... Dos bandos enfrentados. Una franja desolada en el medio de un mismo camino. Un trueno resplandeció en lo alto. La presencia del Dios del trueno avivó el furor de los hombres del norte. Los latidos de sus corazones de piedra golpeaban con fuerza y hacían vibrar la mismísima tierra.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Polvo y viento se levantó. El estruendoso cabalgar, abrumaba en el escarchado y frío camino hacia un himno victorioso, o hacia la fúnebre sinfonía que acompañaría a los fieros guerreros del frío norte.

Por la señal del acero se invocó la bendición del padre, el defensor de Valhalla. Allí, a lo lejos del océano, los cuerpos serían quemados y se levantarían de las aguas, hasta que llegasen a los brazos de oro más allá del cielo conocido.

Se escuchó el sonido del caos, expandiéndose con cólera. Vientos de acero, carne cortada y sangre derramada. Temblores de guerra rompían la tierra. Cabalgaban los hijos del terror. Combatió también el desconocido guerrero de piel de oso

poseído por Odín, destructor tormentoso hacia todo, contra su clan o hacia las mismas piedras si no había nadie a su vera... todo ello bajo la tormenta del martillo.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Como el rugir de una enorme bestia y su hambre inmensa, se escucharon brutales estruendos. Corazones alimentados de tierra escupieron fuego ardiendo. Los cuerpos muertos mordieron el suelo, formando con su roja saliva ríos sangrientos. Y allí, en lo alto... los cuervos negros. Sobre el cielo eran vigilantes y sus alas movían sobre el campo de batalla, mientras con dos lobos a sus pies, sentado en su trono, Odín aguardaba. Sagrados y respetados, los cuervos negros atravesaron el horizonte, cruzando el venerable océano.

Con orgullo los guerreros dedicaron tributo a su Dios. En el día final de la batalla sabían que él estaría cerca, a través de la larga mirada de sus mágicos enviados. Sus manos atravesarían el cielo púrpura, frío e inmenso. Sus espíritus volarían por los mares. Acostados en el drakkar, las llamas ascenderían repletas de gloria, rozando las estrellas. El camino sería hacia Valhalla, donde vino de los Dioses beberían y largos festejos vivirían. Al lado del maestro de la gloria y la sabiduría llegarían a luchar en el día del Apocalipsis final, cuando el aullido de Fenris desatase el Ragnarok...

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Las llamas crecieron hacia lo alto en el norte. Pronto entrarían en una mística sala, junto a sus nuevos hermanos. Donde el honor estaría siempre vivo: “no hay falsedad en mi cuerno, lucha conmigo y bebamos después”.

Ya se escuchaban los cantos, ya se veían los rostros que los conducirían junto a Odín, padre de la tierra y señor del norte. El fuego se elevaba calentando los congelados vientos. Hacia el único y gran final, los solitarios guerreros volarían, impulsados por el soplo de doradas valquirias cabalgando los cielos, marcando con orgullo el sendero de un sagrado viaje. Pero nada es eterno... ni siquiera lo que prevalece sobre la sombra de los cuervos.

Tras la batalla, un guerrero de los hielos, jefe de un clan, regresó victorioso a sus tierras, con esplendor por un triunfo supremo, con sangre que teñía su piel y su acero, derramándose por los surcos de su figura, agrandando su respeto. La sangre dibujaba la batalla vivida, la batalla dibujaba el valor... Criado bajo truenos, educado por lobos y bautizado con fuego. Su cabello sobre el viento. Su barba protectora del cortante invierno. Leal, vigilaba con sigilo en la punta de la proa. De brazos toscos cruzados observaba. Sus ojos eran estrellas que iluminaban la marea. Su sombra pagana era el peligro que acechaba. Su nombre era el temblor de la tierra.

Gigantes, criaturas descomunales, grandes guerreros navegantes, débiles cristianos refugiados en el miedo... teníais que temblar cuando allá vislumbrabais el drakkar bajo mirada de Odín. Luchar hasta morir era su vivir. El embestir con acero causaba vuestra súplica de clemencia, pero teníais que morir con ella, ya que el vikingo alimentaba así su grandeza.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Pero a este poderoso jefe vikingo, mortal nacido en batalla, sobre el cadáver de un enemigo y bautizado con sangre de reyes muertos, respetado y temido por todos, héroe de múltiples conquistas que jamás había sido derrotado, le capturó finalmente la deshonra el día de su fatídico destino. Acostado y sin fuerzas, su piel arrugada era muestra de tragedia, su muerte se acercaba. Por muerte natural abandonaría su tierra. Por la llamada en el norte “muerte de paja” sería deshonrado. Algo indigno de un bárbaro mata gigantes.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

El fuego penetró en los cielos. El cuerno fúnebre sonó en los vientos. ¡Los Dioses de Asgaard contemplaron el brillo de las llamas iluminando su reino! ¡Injusta y cruel fatalidad, su espíritu caminaría hacia Niflheim! Lugar infame de un fiel guerrero. Estancia de los que no mueren en batalla. Destronado de su lugar en Valhalla, del reino del luchador.

Sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Ante la doncella Mödgdud se presentó. Era una grotesca criatura sin carne arropada con mortaja y paño mortuario. Todo espíritu le pagaba con sangre, a modo de peaje, antes de permitirle atravesar el río Giöll, el límite de Niflheim, sobre el cual se levantaba Giallar, el puente de cristal y oro sostenido por un solo cabello. Siempre vigilado por Mödgdud.

Travesía de hegemonía maligna. Impuro olor rancio de huesos descarnados y sangre seca. Cara a cara con la pesadilla. A la Diosa Hel encontró, escondida tras una túnica negra. Sus extremidades inferiores eran decrepitas y putrefactas. Allí el anciano guerrero reclamó y exigió su merecida estancia en Valhalla, junto a Odín, aunque sus palabras cayeron en vano, perdidas en los vapores de la caldera Hvergelmir y en las turbulentas y maléficas aguas del río Slid, donde flotaban espadas perdidas. Hogar de Hel, donde no había gloria al morir sin sentir el acero atravesando la carne de uno mismo.

A lo lejos, sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos contemplaban...

Pero nada estaba perdido. Incluso la propia muerte sería desafiada. La rebelión contra el reino de Hel y sus sirvientes estaba determinada. Fue el renacer del orgullo en una lejana tierra subterránea, fría y oscura.

Se desató un apocalíptico y nuevo enfrentamiento contra zombis guerreros, nauseabundos engendros de indescriptible horror, bañados por secreciones sangrientas sobre deformados pellejos de viejos y tristes guerreros de pasada estirpe bélica, condenados al olvido. Pero el oscuro poder maldito de lo maligno, hizo al bárbaro caer derrotado tras su ímpetu de cólera y rebeldía, abrazado por la risa fantasmagórica de Hel...

Fue cuando Odín, con admiración por su solemne valor y destreza, ofreció entonces un lugar en Valhalla al anciano guerrero, arrebatándolo de las garras de la tempestad de Hel.

Sintiéndose así como vencedor, una palabra en forma de grito surgió de su garganta, retumbando en las catacumbas de la muerte: “¡invicto!”.

A lo lejos sobre Midgaard, tierra de mortales, dos cuervos seguían contemplando... ❧

EL CHALET DEL CIELO

Por Rodrigo San Miguel



¿Se acuerda cuando me preguntaba si podía volar, porque sino era imposible llegar mi trabajo?

Mi abuelo abrió los ojos por última vez y pronunció esas palabras finales. Cálidas. Amorosas. Totalmente distintas a las pronunciara durante toda su vida. Al terminar la frase, notando que su aliento marchito no podría articular nunca más una palabra, frunció el ceño con un dejo de tristeza. Había perdido su última oportunidad de comunicarme su vital legado. En una tardía y vana victoria, el sentimiento había prevalecido sobre su razón. Un pírrico triunfo que arruinaba toda esperanza.

En la desesperación, me reproché no haber hecho algo más por retardar su deceso. Pero no era doctor y más que con un grito de auxilio no podía haber actuado. Debía seguir adelante y buscar la respuesta por otro lado.

Niño prodigio en su Baviera natal, el hambre nacida en el Pacto de Versalles lo exilió junto a su familia en América. Allí mi abuelo logró recibirse tanto ingeniero como de arquitecto, mientras cuando en su lejana patria el III Reich comenzaba su lento pero interminable gateo hacia el poder.

La timidez del exiliado permitió que mi abuelo creciera libremente con las costumbres adoptando el idioma y las costumbres locales; pero siempre recordando que su altura, su pelo, sus ojos, su piel, eran el registro viviente de su desarraigo.

Pronto llegó el llamado a los alemanes de todo el mundo a regresar a su Madre Patria, bajo un manto de grandeza que retornaría tras la vergüenza de la Primera Guerra Mundial. Se sintió extraño al regresar, su acento no se había perdido pero manejaba con más fluidez el castellano que aprendió en México durante su exilio que el alemán que sus padres solo utilizaban en la intimidad durante aquellos años. Poseía una inteligencia fuera de lo común, lo que le permitió transitar tanto la carrera de ingeniería como la de arquitectura.

Todo se vislumbraba como un prometedor futuro para este joven profesional hasta que llegó el llamado de la Großdeutschland, y Eric Heuer, mi abuelo, acudió como otros tantos jóvenes de raza aria de todo el mundo.

El fanatismo de Adolf Hitler se expresó en muchos campos, pero quizás en ninguno con tanta fascinación como en el esoterismo y lo sobrenatural, por lo que a la vez que desarrollaba el armamento que mantendría al mundo en vilo durante 5 años de conflicto, también se preparó para luchar en terrenos mucho más fantasiosos que los campos de batalla de Europa. Muchas expediciones partieron desde Berlín hacia distintos puntos del globo. Los más conocidos marcharon hacia Oriente Medio, en búsqueda de ítems tan caros a la Humanidad como el Santo Grial o la Lanza del Destino.

Mi abuelo, debido al destino de su exilio y tras el entrenamiento y adoctrinamiento pertinente, fue enviado en su misión: Volver a México para investigar y apoderarse de los secretos mayas. No se trataba del oro que podría quedar luego de las termitas conquistadoras del siglo XVI, sino de todo lo relacionado a los acontecimientos sobrenaturales de aquella cultura perdida que supo distinguirse en épocas precolombinas.

Al joven Erik le sobraban contactos y recursos de la tierra donde creció y no en mucho tiempo se encontró en las selvas de Yucatán buscando secretos bajo la égida de la esvástica.

Los cañones en Europa no supieron mantener el silencio recomendado y pronto el estallido de la guerra sorprendió a la expedición en plena travesía. El desvío de recursos de los experimentos esotéricos hacia las fábricas de

pertrechos militares pronto confinó a mi abuelo en un virtual abandono. El regimiento de obedientes SS debió volver súbitamente para que sus cuerpos y sangre suplantasen a los ya caídos por la causa nazi.

Sorprendido en la soledad de su misión, poco se sabe de mi abuelo durante los años que duró la contienda. Ni siquiera el testimonio de mi abuela cuenta, ya que solo llegó a conocerlo durante algunos meses previos a su partida a la misión, y solo agregan baldazos de misterio a una historia sumergida en intriga: *“Luego de despedirlo cuando partió hacia América en busca de quién sabe qué, no supe nada de tu abuelo hasta casi el final de la guerra. Todos en Berlín esperábamos el desenlace. Los hombres, afortunados ellos, morían en el campo de batalla; mientras que las mujeres y niños solo esperábamos la llegada de los rusos con sus atrocidades a cuestas. Ya estábamos todos convencidos que nos llevaríamos la vida de un bolchevique con nuestro sacrificio. Muchas de mis amigas ya se habían suicidado, anticipando a su captura y a la sistemática violación por parte de los numerosos regimientos rusos que se amontonaban en las puertas de la ciudad. La esperanza estaba ya casi acabada cuando vi llegar a tu abuelo, con un aspecto demacrado y los ojos muertos, sus cabellos de oro por siempre teñidos en plata, aunque apenas hubiese pasado los treinta años. Con los pocos explosivos existentes voló un puente para retrasar la avanzada enemiga y luego partimos en el largo exilio que nos depositó casi un año más tarde en Buenos Aires”*, fue la anécdota que supo contarme mi abuela cuando pregunté por su pasado.

Durante los primeros años en su nueva vida, mi abuelo trató de disimular su oscuro secreto apelando a todos los costumbrismos disponibles. Se casó en una ceremonia sencilla y veloz para formalizar su asentamiento definitivo en la ciudad. Todos sus viejos contactos le recomendaron un escondite más recóndito, consejo que cada excompañero de armas le reiteraba al pasar por su casa antes de seguir camino hacia el Sur. Pero algo mantenía a mi abuelo en Buenos Aires; algo oscuro y terrible lo mantenía en su puesto de constante vigilia. Sus tardes, luego de su trabajo en un oscuro almacén cercano a la terminal de trenes, siempre las pasaba en el estudio de su casa. Oscuro, frío y alejado; aquel cuarto que duras penas podía llamarse altillo, era una total metonimia de su personalidad. Allí quemaba horas y pestañas, analizando viejos diarios de viaje. A veces solía sorprenderlo la madrugada transcribiendo sus anotaciones que, por las dudas, solía asentar tanto en alemán como en español. Hoy debo agradecer tal previsión.

Era una helada tarde de domingo cuando Erik Heuer logró el descubrimiento que tanto estaba esperando. Las pilas de papeles volaron por los aires. La costosa pluma a fuente, regalo del mismísimo Führer, que había cruzado el océano con él, fue atrapada en el momento en el aire para que el festejo no se cobrara tan valiosa víctima. El barrio de Barracas, incrédulo, no salía de

su asombro al ver al viejo alemán de la calle Azara salir a los saltos por los viejos adoquines a comprar una sidra. No hacía falta, mi abuela ya había comprado una para brindar por su reciente embarazo. Decidió esperar unos días para comunicarle a mi abuelo que sería padre.

El motivo del festejo de Erik Heuer tenía lugar exacto, incluso una dirección a la cual acudir, cosa que hizo durante los siguientes meses con la perseverancia que solo los alemanes conocen de cerca.

Sarmiento 1113. Sede de Muebles Díaz. Pero el interés no pasaba por las costosas cómodas o por las afamadas mesas de robles, que no conocían rival a ambos lados del Río de la Plata. Sarmiento 1113 no es una dirección cualquiera en la geografía porteña. Era “El edificio del Chalet”. Una mole céntrica, de varios pisos, espectadora en primera fila de la Avenida 9 de Julio y del Obelisco; conocida por todos por su particularidad arquitectónica: un llamativo chalet edificado sobre su terraza. Muchas teorías existían sobre su origen. El deseo del constructor de replicar la casa de su niñez, la comodidad buscada por el dueño de Muebles Díaz para la siesta de cada tarde y muchas otras. Pero la mi abuelo era la oscura y terrorífica respuesta correcta.

Insistió hasta que logró ser tomado como empleado de la mueblería, primero, y luego cuando cerró, como parte del servicio de mantenimiento del edificio. Su contratación coincidió prácticamente con el nacimiento de mi padre, hecho que mi abuelo tomó como signo de buena fortuna y, para alivio de mi abuelo, hizo que se transformara súbitamente en devoto esposo y padre. Aquellos años pueden considerarse como los más calmos, en la agitada vida de Erik Heuer. Mi padre creció como un niño normal, a la que mi abuelo seguía con su trabajo en el “Chalet del Cielo”. La única mentira real por aquellos años residió en los estudios de botánica de mi abuelo. Sus horas libres seguían siendo en su pequeño altillo/estudio, pero fue repentinamente que los libros que subían por la angosta y empinada escalera de metal (que primero a mi padre y luego a mí nos impedía subir) comenzaron a referirse a distintos tipos de especies de árboles y plantas. Pronto las enciclopedias de esa temática comenzaron a amontonarse inseparablemente junto a los viejos escritos sobre la estancia en México y los mayas.

Durante mi adolescencia, mucho después de la muerte de mis padres y antes del episodio que me separó de mi abuelo, yo estaba decidido a seguir sus pasos como arquitecto. Pero toda certeza proviene de una duda, y esa duda de saber a qué se dedicaba exactamente mi abuelo. Siguiendo ese peligroso camino que es la curiosidad, me escabullí hacia sus libros, ansioso de encontrar material de interés.

Acostumbrado a las historias que corrían por el barrio, esperaba encontrar en aquel pequeño altillo toda la parafernalia de un alemán exiliado luego de la Segunda Guerra Mundial. Banderas con la esvástica, retratos de Adolf Hit-

ler, algún Mauser o una Luger incluso. Nada de eso. Ni siquiera alguna versión lastimera del *Mein Kampf*. Por el contrario, lo único que podía verse era todo un inventario detallado de la civilización maya. Mascarones rituales, piedras ceremoniales, amuletos cuajados por el tiempo, escrituras de todo tipo... Y sobre la mesa de trabajo, aquellas típicas de arquitecto, unos planos que no lograba entender por más que lo viese desde varios ángulos. Daban a entender algún tipo de portal, parecido a las terrazas de las pirámides mayas, como las que mi abuelo investigó en Chichén Itza, pero de las que se rumoreaba existían en varias partes del mundo, tan idénticas que erizaba la piel el solo pensar que no se trataba de una mera coincidencia.

Tuve que sentarme y prender el pequeño velador para examinar mejor el plano. Fue ese obvio error que delató mi intromisión:

—¿Qué mierda hace acá? —la “erre” bien marcada repercutió en todo el pequeño ambiente. Mi abuelo siempre me trataba de usted. Nunca decía malas palabras. Algo lo había perturbado.

—Era preferible de pequeño, usted, cuando en vez de violar mi intimidad me preguntaba con dulzura sobre mi trabajo.

Era cierto. Mi abuelo, tipo parco como todo aquel que lleva una gran responsabilidad sobre sus hombros, pero que cada vez que en mi niñez paseábamos por la 9 de Julio sobre sus hombros, siempre lo hacía reír al preguntarle si tenía que volar para llegar a su trabajo, allí en el “Chalet del Cielo”, como me gustaba decirle.

Nunca me llevó a su trabajo, como hacen los padres usualmente. Pero eso hacen los padres, y mi abuelo solo intentaba que su nieto no sufriera demasiado su repentina orfandad, su real preocupación estaba siempre estacionada entre “Chalet del Cielo” y el estudio de su casa, que luego de mi intromisión pasó a cerrarse con llave.

Pronto me llegó el momento de estudiar y preparar mi vida para la adultez. Si bien la ayuda de mi abuelo fue valiosa, nunca conseguí un padrino real por parte de mi abuelo. Quizás por ello me esforcé más que el resto de mis clases y logré una graduación bastante prematura, convirtiéndome en un profesional con mucho potencial. Mientras daba los últimos exámenes y trabaja en varios lugares para financiar mis estudios, solía ir en mis tiempos libres a la 9 de Julio y desde su boulevard admirar el edificio donde trabajaba mi abuelo, con el imponente chalet rematando su terraza, contra toda lógica. Algo no cuajaba. La curiosidad arquitectónica, que de niño causaba fascinación, ahora ya como un profesional en la materia, me generaba una serie de cuestionamientos imposibles de obviar.

El eléctrico escalofrío que me invadió al encontrar grandes semejanzas con el extraño plano que vi en el estudio de mi abuelo, convirtió mis cuestionamientos en un terror que germinó en mi interior.

Aunque siempre firme en lo laboral, los años sí habían hecho mella en el preocupado Erik Heuer. Nunca consideró que la simple cerradura que mantenía alejado a un simple adolescente, no tendría el mismo efecto en un adulto ya consumado y ávido de respuestas. Fue más difícil romper la culpa por una nueva intromisión, que romper la cerradura del attillo.

El plano ya no estaba más desplegado, aunque luego lo encontré enrollado sobre un estante, como si ya hubiese perdido su importancia. Algo más importante había sido descubierto. Sobre la mesa de trabajo, en su lugar, había un dibujo, calcado seguramente, con un montón de anotaciones que pude corroborar referían a los libros de botánica y a otros de mitología maya, de los que mi abuelo coleccionaba a montones sobre los anaqueles de ese estudio que se me hizo más frío que nunca. Cualquier conocedor de mitología habría adivinado las similitudes con el Yggdrasil, el fresno de la vida que según los pueblos vikingos unía con sus ramas los diferentes mundos del universo. Por un momento creí recordar que una pequeña copa de un árbol asomaba desde un rincón del “Chalet del Cielo”, pero desestimé todo análisis para concentrarme en el pequeño cuaderno de anotaciones de mi abuelo.

Corrí el elástico que mantenía sus gruesas tapas de cuero cerradas, hice caso omiso al sello distintivo de la primera hoja, con su gastada águila de alas desplegadas y garras apoyadas sobre la cruz esvástica. Comencé a recorrer en sus hojas la misión llevada a cabo por mi abuelo. Estaba toda escrita en español, seguramente para evitar ser leído por sus propios compañeros de armas.

Las primeras semanas no mostraban nada particular. El calor de la selva mexicana, algún enfermo entre los germanos poco acostumbrados a tal clima y unos pocos incidentes de consideración. Todo relatado en un puñado de carillas. La situación cambió al llegar a las pirámides de Chichen Itzá.

La fecha de llegada a las míticas pirámides coincide con los momentos más exigentes de la guerra para los alemanes y pronto comienzan a cesar las menciones al personal militar que acompañaba la expedición. O quizás fueron muriendo, no queda claro. En el párrafo donde se comienza a describir el lugar, pronto comienza a llenarse de llamadas al pie de página, la gran mayoría con cuestiones que solo podrían develarse con libros especializados en botánica. Al doblar la hoja, un dibujo de un árbol, mucho más básico que el desplegado en la mesa de trabajo, ocupaba toda la carilla. “Wakah-Chan”, era la inscripción que se leía debajo y que en la hoja siguiente era explicada a partir del relato del guía, que supuestamente descendía de una tribu sometida hace centurias por los mayas: “*Los mayas tenían un gran dios supremo, al que llamaban Primer Padre o Nun-Yal-He. El Primer Padre es el creador de nuestro mundo y lo primero que hizo en su creación fue dar vida al Wakah-Chan, el Árbol del Mundo. El árbol, con su gran y frondosa copa, separó*

el cielo de la tierra, y permitió que la vida fuese creada sobre este mundo". Debajo de este relato, mi abuelo había bosquejado el dibujo de unas semillas que supuse serían del gran árbol maya, si es que es esto fuese posible. Al comparar el dibujo de la libreta y el plano sobre la mesa de trabajo, un detalle secuestró mi atención. Una especie de haz luminoso se despedía del tronco dibujado en el plano. Pero fue otro detalle el que heló mi sangre inmediatamente. Al pie del dibujo decía: Buenos Aires.

Seguí revisando los apuntes sin encontrar algo que valiera realmente la pena. Ciertamente había referencias al calendario maya y al supuesto fin del mundo que este detallaba para el siglo XXI que se aproximaba. Consciente de no ser descubierto otra vez infraganti, volví a poner todo en su lugar y disimular lo mejor posible mi intromisión y cerré la puerta, confiando en mi abuelo no detectaría ninguna anomalía.

No pude borrar de mi mente el hecho que el plano del árbol refiriera a Buenos Aires. Busqué en varias enciclopedias alguna referencia al Wakah-Cha para investigar si pertenecía a alguna especie conocida de árbol. Conseguí una entrevista con el director del Jardín Botánico y haciéndome pasar por un periodista que trabajaba en una nota sobre las teorías apocalípticas de los mayas, traté de dilucidar alguna duda más. Tuve que retirarme cuando mis preguntas se volvieron demasiado sospechosas o irracionales. Solo quedaba una cosa por hacer.

Al atardecer siguiente me planté en la puerta de Sarmiento 1113, en la puerta del edificio donde trabajaba mi abuelo y que remataba su fachada con aquel imponente chalet, hoy tapado por varios carteles publicitarios. Durante 40 años Erik Heuer había entrado y salido a la misma hora, con la prolijidad que traen los alemanes de fábrica. Aquel día no salió en horario puntual. El plan rebosante de fallos, igualmente no dependía de ese detalle, no pensaba cruzarme a mi abuelo justamente. Esperé un buen rato hasta que la mayoría de los empleados desalojara el edificio. Para mi sorpresa solo llegué a contar ocho personas. Demasiado poco para semejante mole de concreto. Una vez que noté que el torrente humano que inundaba las calles buscando el salvoconducto que los llevara a sus hogares a descansar, me decidí y me lancé a paso rápido pero sereno hacia la puerta giratoria.

Salí disparado por la fuerza centrífuga del giro, de una forma demasiado notoria y hasta chistosa, que por suerte nadie vio. El vestíbulo estaba vacío. Apresurado, tomé el ascensor confiando en mi furtividad y con rápidos golpeteos de pulgar apreté el botón que indicaba el último piso.

Del ascensor salí directo a lo que sería la planta baja del Chalet. Para mi sorpresa estaba ambientado como cualquier otro chalet, como si no importara el hecho que nos halláramos a más de medio centenar de metros del suelo. Infantilmente busqué en vano una ventana para admirar el paisaje y ubicar

el omnipotente Obelisco, pero volví a activar mi plan en cuestión de pocos segundos. No di cuenta de la soledad en la que me encontraba, de cómo había ingresado tan fácil. Por una puerta de doble hoja se acudía a un comedor, que conservaba el bow window con unos vitrales llenos de pequeños dibujos y simbologías que no me atreví a descifrar. A un costado de la entrada al comedor nacía una elegante escalera que llevaba a la planta superior. Al final del pasamano de la escalera, en una especie de descanso, un café todavía despedía algo de humo. Sin hacerle caso a la obvia advertencia, comencé a subir los escalones. Al terminar de subir, uno se encontraba con la entrada a la amplia terraza del chalet.

Un potente haz de luz que provenía del extremo opuesto de la terraza me cegó ni bien traspasé la puerta. Intentando tapar la luz con las palmas de mis manos, creí ver la fuente de tal albor. Un tronco, no diría seco pero lejos de una vida plena, con un enorme tajo transversal del cual provenía el haz. Con cada segundo el tajo parecía ensancharse. Imaginé que alguien desde la calle notaría tal fenómeno, pero las grandes publicidades luminosas de la avenida taparían completamente la situación. Como Ulises hipnotizado por el canto de las sirenas, avancé a tientas hacia la luz, sin saber bien el porqué. Creí ver algunas personas que se iban apartando a mi paso, hasta que sentí el grito.

—¡Agárrenlo! ¡Rápido!

No sentí los gritos de mi abuelo, así como tampoco sentí el tackle que me propinaron dos personajes que difícilmente bajaran del metro noventa de estatura. Pronto mi cara se estrelló contra las baldosas francesas de la terraza. Sentí el fino hilo de sangre deslizarse desde mi frente por mis mejillas y luego el tironeo de mis pies al arrastrarme por el suelo hacia la planta baja del chalet. Mientras me arrastraban levanté el mentón y desde un ángulo invertido volví a mirar el árbol. El tajo ya tenía el tamaño de una puerta. Miré a través de ella y vi horrores que ninguna mente humana podría siquiera imaginar. La luz abrasiva al tacto, y brillante, pareció focalizarse en mi rostro. Poco a poco comencé a sentir como mis cabellos se iban tiñendo de blanco al entrar en contacto con la luz, como recordatorio a aquellos que vieron lo que ningún humano debía ver. Desesperado, mientras me arrastraban fuera de allí, alcancé a tomar una botella que encontré en el piso. Debía tener algún contenido etílico de alta graduación porque la lancé contra el árbol bañándolo con su contenido, que al entrar en contacto con las velas ceremoniales provocaron una llamarada de extraños colores. Un golpe fuerte en la nuca me impidió ver el crecimiento del fuego.

—¿Se acuerda cuando me preguntaba si podía volar, porque sino era imposible llegar mi trabajo?

La voz de Erik Heuer retumbaba en la parte posterior de la camioneta, que se bamboleaba a alta velocidad, seguramente por algún autopista interurbana.

Pero, sin embargo, sonaba dulce. Su arrugada mano se masajeaba el costado derecho de la sien. El cuello ligeramente inclinado hacia ese mismo lado. Su mirada estaba clavada en el prolijo apósito que tapaba el corte en mi cuero cabelludo. Estaba descalzo, con ropas nuevas y sorprendido de no tener atadura alguna. Me di vuelta para mirar a los ojos al viejo. Una extraña melancolía salía por sus ojos, como si se diera cuenta que como padre sustituto había fracasado rotundamente, que la rigidez con la que manejó mi crianza había sido insuficiente y ahora, en un último manotazo quería revertir la marea de mi juicio hacia su persona.

—Tiene que irse, lo sabe. Lo que ha visto es una irremediable condena de muerte. Deberé dar algunas explicaciones a ciertas personas, pero creo que lograré disimular su supervivencia—, sonrió macabramente como nunca lo había visto hacerlo y dirigió su mirada hacia una bolsa plástica para cadáveres, los rígidos pies que sobresalían de ella tenían puestas mis zapatillas. —¿Qué voy a hacer de mi vida? —mi voz era apenas un hilo audible.

—He movido viejos contactos en Europa. Trabajo no le faltará y según mis cálculos, si heredó algo de mi talento como arquitecto, tendrá una vida incluso mejor a la que hubiese tenido en este país. Disfrútela, mucho tiempo no queda... —interrumpió la frase como si hubiese contado el secreto más terrible sin darse cuenta. Cambió rápido de tema—. Le diré a su abuela que su cambio de nombre se debe a una cuestión de adaptación. En media hora llegaremos al aeropuerto y así como baja de esta camioneta se sube al avión. Parte en una hora rumbo a Múnich. No se olvide de telefonar a su abuela al llegar, lo va a extrañar mucho. Su equipaje lo estará esperando en su nuevo departamento.

Esas fueron las anteúltimas palabras que escuché de Erik Heuer, mi abuelo, y las últimas que escucharía antes de su lecho de muerte. Si bien el deseo de tristeza era indeleble en el frío rostro germano, no pude evitar odiarlo. Mi supervivencia al principio y mi continuado éxito posterior en Europa fue guiado por su mano protectora, no me caben dudas. Podía asegurar que la red de contactos subterráneos que lo mantenían en el anonimato, me hacía llegar más fácil a las licitaciones o me ayudaban a lograr mejores contratos. Aún así lo odiaba...

Fue casi una década, o más, donde solo me comunicaba con mi abuela, llamando a horarios donde sabía que mi abuelo no estaría. La excusa del huso horario siempre resultaba. Por ella supe al menos que mi abuelo seguía con la obsesión del chalet, donde seguía yendo día a día. No me animé a comentarle nada a mi abuela, quizás tomarían represalias con ella. Muchas veces esa terraza era escenario de mis sueños, con el árbol y su haz de luz. Era el Wakah-Chan, estaba seguro de ello, pero ¿qué extraño ritual se realizaba ese día que irrumpí en el “Chalet del Cielo”, casi a costa de mi vida?

Una dieta rica en Prozac y alcohol de diversos tipos me ayudaron a evitar ese tipo de preguntas y poco a poco, ir relegando ése recuerdo al estatus de fantasías. Fueron más de diez años de vivir una farsa que, víctima de tanta insistencia, nunca dejó de tener su parte de realidad.

El telegrama me esperaba en mi oficina de París. Mi abuela, con la voz temblorosa y débil, había logrado hacerle entender a mi francófona secretaria que mi abuelo agonizaba.

Nadie pudo obviar que esperó hasta mi llegada para morir. El cáncer no pudo doblegarlo solo hasta que él así lo quiso. Al entrar en la habitación de su reposo final, transformada para su disgusto en un sucursal del sanatorio, leí en sus ojos que tenía una confesión que hacerme. Pedí a todos que se retiraran. Médicos, familiares, amigos. Solo a sus compañeros del trabajo (no reconocí a ninguno de aquella fatídica visita a la terraza años antes afortunadamente) me costó un poco más convencerlos, pero la ayuda del doctor me permitió quedar a solas con mi abuelo.

Cerré la puerta y comencé a caminar hacia su lecho. Del 2º al 8º paso, traté de anticipar qué confesaría finalmente. ¿Me hablaría de su obsesión por el chalet? ¿Descubriría toda la trama detrás del árbol criado en esa terraza y de la ceremonia que allí se realizaba? En mis dos últimos pasos, tropezando con el pesado diario del domingo y corriendo la bolsa de suero que colgaba de esos ganchos con ruedas típicos de hospital, me di cuenta que eran ilusiones perennes de mi parte. Ni en su lecho de muerte dejaría ver su oscuro secreto. —¿Se acuerda cuando me preguntaba si podía volar, porque sino era imposible llegar mi trabajo?

Culpé a la locura de la agonía, al licuado que hacen los fármacos en las mentes de los moribundos, a ese relajo final que se toma la razón para dejar que la desquicia tenga su breve momento de dominio antes del último soplo de vida. No me di cuenta que en su último momento, Erik Heuer solo quiso ser mi abuelo y nada más.

Sus párpados cayeron para siempre y el pitido de las máquinas que lo ataban a duras penas con la vida provocaron la entrada en estampida de los médicos y enfermeras; que justificaron su sueldo con inútiles intentos de resucitación. Afortunadamente, también mi abuela era partidaria de las ceremonias ágiles y carentes de superficialidad. Tan solo 24 horas más tarde del fallecimiento, mi abuelo ya tenía sus restos mortales en el sector alemán del cementerio. No había podido evitar las detestables coronas, pero al menos no pasamos por el interminable desfile de lamentos de los velatorios maratónicos.

Dejé a mi abuela durmiendo, cansada de tanta tragedia y de la soledad que la esperaba por el resto de sus años. Y fui a la cocina a prepararme un café. No tenía ganas de dormir, a pesar del cansancio. Sentí el llamado. Juro haberlo escuchado. El grito seco, sordo, inentendible. Supe que venía del estudio de mi abuelo.

No temí subir uno a uno cada pequeño y resbaladizo escalón que conducía al escondrijo. Sí temí, y mucho, al intentar abrir la puerta siempre cerrada con llave y candados, y encontrarla inexplicablemente sin traba alguna. Como si me estuviese esperando.

Premeditado. El cuaderno de notas de mi abuelo estaba sobre su escritorio de trabajo. Deliberado. Los planos del chalet y el dibujo del árbol maya, enrollados prolijamente maridando al pequeño y ajado cuaderno. Tramado. El señalador ubicado tres o cuatro hojas antes del último testimonio escrito en el cuaderno, invitando a su lectura. Proyectado. Planeado. La razón de ser de Erik Heuer me era entregada en bandeja para el tan ansiado análisis. Cerré con cuidado la puerta, volví con falsa calma hasta el asiento y redireccioné la luz directo hacia el pequeño cuaderno y me dispuse a leer: *“Dios sabrá perdonarme por lo que hice, si es que existe. Era necesario matarlos a todos, el secreto de los mayas no debía ver la luz. Uno a uno, mientras dormían, recibieron la inesperada hoja del puñal en su pecho. Unos segundos bastaban para que se ahogaran en su propio charco de sangre. Debía acabar con todos antes que informaran que habíamos descubierto cómo acabar con el mundo. El Apocalipsis maniobrable. El fin de toda la existencia al alcance de la mano. Un secreto que no podía caer en las manos equivocadas, especialmente en un momento donde el mundo veía la contienda de dos facciones tan asesinas por igual. Tomé el secreto en mis manos, pero con temor descubrí que no era el primer visitante en llegar al lugar. Alguien había estado aquí antes y se ha llegado semillas del Wakah-Chan. Durante meses o años (el tiempo pasaba de una manera extraña en este lugar) he estado investigando entre las ruinas y descubrí que la última expedición había llevado el último resabio del árbol sagrado maya hacia la capital de la Argentina, donde un edificio había sido levantado siguiendo las premisas de las pirámides mayas, de manera de criar el árbol allí y en el momento indicado abrir el portal que terminaría con este mundo. Debo ir a buscar a mi amada Angélica a Alemania y, antes de que sea demasiado tarde, llegar a Buenos Aires...”*.

Aquí el relato se cortaba, dejando tres cuartos de la última hoja en blanco. Pegado en la hoja siguiente con un simple clip de metal, había unas hojas más de cuaderno, mucho más blancas que el cuaderno, parecían haber sido escritas no hace muchos días: *“Recuerdo que al llegar lo primero que hice fue observar todos sus movimientos, y a raíz de insistir varios años, logré infiltrarme en la organización que maneja el edificio con el chalet en tu terraza. Al recorrer la casa por dentro, fui descubriendo la fisonomía similar a las pirámides mayas, con el remate de la gran terraza donde en un rincón, donde nunca alcanzaba el sol, crecía el retoño del Wakah-Chan. En un principio no supe que eso mismo era la clave de todo, habría talado el árbol en un instante sin dudar, por más que ello me costaría la vida inmediatamente. Cuando lo supe ya era muy tarde, y primera fecha para el ritual ya estaba por acontecer; redoblando todo tipo*

de vigilancia. Tal como presagiaba Nostradamus en su centuria, en el año mil novecientos noventa y nueve, del cielo vendrá un Gran Rey del Terror. Hacia el final del milenio pondrían en marcha el fin del mundo. Había tomada la decisión más importante de mi vida. La solución a todo el asunto radicaba en la pequeña bomba que llevaba en mi maletín, y con la cual me inmolaría, destrozando en mil pedazos el maldito árbol. Pero la mala fortuna volvió a hacerse presente, de la manera menos esperada. La intromisión de mi nieto cambió mis planes. No podía dejarlo morir y corrí a salvarlo. Intrépido como todo joven, creo que nunca supo que su arrojado acto pospuso de manera trágica el fin de nuestros tiempos. Pedí la tarea de eliminarlo yo mismo y mis superiores accedieron, convencidos que solo era un viejo queriendo ganarme su favor. Gracias a mis viejos contactos, tal como yo había escapado de Alemania en 1945, mi nieto regresaba allí más de medio siglo más adelante. Ya pasaron casi diez años de aquella jornada y hasta hoy no hubo indicios que se intentara abrir el portal nuevamente, pero la esperanza se ha perdido inevitablemente. Se acerca el 2012, fecha marcada en todos los almanaques mayas, y mi cuerpo se ha rendido mucho antes que mi alma. La muerte ya me alcanza de forma inexorable. Tanto luchar contra fuerzas que no pueden ni podrán ser comprendidas para sucumbir ante un cáncer, tan común, tan mundano. Solo quedan días, quizás algunas pocas semanas. Temo que este escrito llegue a las manos adecuadas. Es un riesgo que debo correr. Luego del fallido intento de 1999, el 21 de diciembre de 2012; poco menos de un año a partir de hoy, será una nueva oportunidad de desatar fuerzas que no pondrán objetivo alguno que no sea finalizar con la vida tal como la conocemos. El portal del Wakah-Chan será abierto nuevamente y entidades que no tienen palabras para ser descritas nos tomarán por asalto. Destruir el árbol es la única chance, pero mis fuerzas me abandonaron y temo que la tarea quede incompleta, sellando el destino de nuestro mundo. En mi estudio, junto a estos escritos dejo los planos del edificio con instrucciones exactas para su infiltración. Solo hace falta coraje y algo de fe en la humanidad”. Aquí terminaba el relato.

Mientras bajaba la empinada escalera, me sorprendió mi abuela:

—Querido, ¿te quedarás mucho tiempo en la Argentina?

—Tengo pasaje para mañana temprano, abuela, pero sabés que siempre hay lugar para vos en mi casa de Suiza.

Esa noche no dormí en la casa de mi abuela. Mentí alegando que debía ver a una novia y que quería pasar mi última noche con ella. Despaché todo mi equipaje con la aerolínea y volví hacia el microcentro para una última incursión nocturna.

El avión partió hacia Basilea a las exactas 4:45 horas del día siguiente, mucho antes que los matutinos llegaran a los puestos de venta, con la gran foto de tapa del famoso “Chalet del Cielo” ardiendo en primera plana.

EL CICLO DEL ESCARABAJO

Guión: *Diego Arandojo* | Arte: *Manuu Pach*

Dentro de la cosmogonía egipcia, el escarabajo poseía un lugar de gran importancia. Khepri (que significa devenir, volverse, rodar) era aquel que hacía rodar la bola solar a través del cielo, permitiendo el nacimiento del nuevo día. En una jaculatoria del Libro egipcio de los muertos encontramos: “Pleitesía a ti, que viniste como Khepri, el creador de los dioses. Te elevas, brillas, haciendo brillar a tu madre, rey coronado de los dioses”.

Símbolo de la resurrección y de la eternidad; protector ante males y enfermedades, el escarabajo fue y es adorado desde el inicio de la creación cósmica y telúrica. Su culto (lejos de ser olvidado por la modernidad) fue recuperado por fuerzas oscuras que intentan hacer de él una herramienta para la perpetración del materialismo.

Este temible nuevo culto a Khepri, esta neo-cosmogonía khepriana, se encuentra muy cerca de nosotros. Escondida en una casa vulgar, una más entre el montón. 𐀀



